

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris.

Año 14. — Nº 110.

SUMARIO.

La fiesta de san Valentin en Inglaterra; grabado. — Nostalgia. — Revista de Paris. — Tiendas-barracas de mimbre; grabados. — Suscripcion en favor de los soldados y marinos franceses de la Crimea; grabados. — Correspondencia del teatro de la guerra; grabados. — Logogrifo. — El Niño robado. — La hija del capitán. — Pompeya; grabados. — Letrilla. — Boletín científico. — Las cuatro cosas preciosas de la China; grabados.

La fiesta de san Valentin en Inglaterra.

14 DE FEBRERO.

De un periódico ilustrado de Londres tomamos esta graciosa viñeta que representa la alegoría de las alegrías inocentes y de las sencillas locuras á que sirve de pretexto la fiesta de san Valentin para todos los jó-

jóven ve aquel dia, debe ser su amigo á lo ménos durante doce meses, y se llama su Valentin.

Despues de la reforma, san Valentin ha conservado aun el privilegio de representar el Cupido pagano; las jóvenes reciben versos, cartas amorosas, y regalos; los niños tienen tambien su parte, y la fiesta de ese santo bendito es como una repetición de lo que se hace en nuestros países por Nochebuena y año nuevo.

Sin embargo, en vano trataríamos de buscar entre nuestros usos de esos dias esa sencillez de la costum-

bre inglesa que se continúa por la tradicion como esos cuentos de nodriza que triunfan de la razon del siglo.

Pero esta fiesta de san Valentin ¿es de origen pagano? ¿tiene la misma significacion que los ritos antiguos instituidos para celebrar el despertar de la naturaleza cuando llega la primavera? El periódico inglés del que tomamos estos pormenores piensa que no es otro el sentido de la fiesta de san Valentin, pero añade que la tradicion no proviene del Egipto, de la Siria ni de la Palestina, suponiendo que el cristianismo la encontró en vigor entre las naciones escandinavas, y que juzgó prudente dejarla subsistir como celebracion de una fiesta cristiana. « Es, dice, la fiesta consagrada por nuestros antepasados á Freya la diosa de la felicidad que principiaba en el primer cuarto de la segunda luna del año nuevo, ó de otro modo entre el 7 y el 14 de febrero. »

NOSTALGIA.

(Continuacion.)

V.

Un instante despues pasaron al comedor D. Lucas y los dependientes,



venes enamorados de la Inglaterra. Cada año el 14 de febrero se renueva el uso tradicional de esta fiesta, entre la juventud británica: ese dia, dicen los ingleses, cada pájaro elige su compañera de nido para todo el año, y segun una costumbre inmemorial el primer hombre que una

ÿ se sentaron á la mesa. Angel permanecia en un extremo del comedor con la cabeza baja, acobardado, sin atreverse á alzar la vista á D. Lucas.

— Acércate á la mesa, salvaje, le dijo el sobrino de Quijano: Vamos, lo mejor será que vuelvas á guardar cabras á Vizcaya.

La fiesta de san Valentin en Inglaterra (14 de febrero).

El niño se regocijó y al mismo tiempo se sintió herido en el corazón al oír estas palabras: se regocijó á la idea de volver á su país y sintió su corazón lastimado ante la reconvencción de inepto que se le dirigía. Acercóse á la mesa con timidez, mas no se acercó tanto como debiera en concepto de D. Lucas, pues, dándole este un puñetazo en la espalda echó un *pecado* como llaman los niños á ciertas interjecciones.

— ¡Acércate mas, bruto! La culpa tiene quien no deja en el campo á los animales ó no les pone pesebre en lugar de mesa.

Todos los dependientes del banquero se echaron á reír celebrando el chiste de D. Lucas.

Y en tanto el pobre Angel derramaba un torrente de lágrimas y comparaba las caricias de su familia con aquellos bárbaros ultrajes.

— ¿Qué, no comes? le preguntó D. Lucas.

— No tengo gana, contestó el niño.

— Mejor, así estarás libre de indigestiones y disminuirán, la carnaza que tienes sobre los ojos y esos carrillos de monja boba.

Angel, por única contestación, continuó llorando y suspirando por sus padres, por sus hermanos, por los compañeros de su niñez, por sus queridas montañas de Vizcaya donde tan libre, tan querido, tan feliz había vivido.

Y los dependientes de Quijano siguiéronle escarñeando y riéndose de él sin compasión como si aquel niño fuera un cuerpo sin alma, como si le considerasen sin corazón para sentir!

Las almas sensibles se irritan, se indignan, se sublevan ante la inhumanidad con que comunmente son tratados en las grandes poblaciones y particularmente en Madrid los jóvenes recién llegados de la aldea. Llega un desventurado niño que nunca se había separado del seno de su familia donde sino tenía riquezas y comodidades tenía cariño y tierna solicitud; llega comunmente muerto de frío, rendido de cansancio, hambriento muchas veces, desconsolado siempre, y en lugar de proporcionársele cariño y consuelos que necesita entonces mas que nunca, se le escarnece, se burlan todos de su inocencia, de su debilidad, de sus lágrimas, de la rudeza de su lenguaje! Los que tal hacen, no blasonen nunca de honrados ni de humanos porque todos los corazones generosos se aunarán para arrojarles á la cara un solemne mentís, para decirles que abrigan una alma vulgar si es que no una alma de hiena.

Durante la primera tarde que Angel pasó en casa de D. Juan Quijano, fué víctima de la bárbara costumbre que execramos: abusóse indignamente de su sencillez obligándole á una porción de actos que repugna enumerar, y por último se le hizo creer que cuantos llegaban á Madrid por primera vez necesitaban ser pesados para satisfacer ciertos derechos arreglados á su peso. Colocóse en una balanza donde se le tuvo largo rato casi descoyuntando su delicado cuerpecito, y cuando cesó aquella especie de martirio que recuerda los inventados por Diocleciano y Torquemada, tuvo que sufrir otro quizá mas doloroso, el de las burlas de sus verdugos que herían su corazón desapiadadamente.

Y los dependientes del banquero, aquellos hombres barbados que, como todos los hombres, estaban obligados á proteger al débil y consolar al triste, á cumplir graves y santos deberes en la sociedad, se creyeron satisfechos de su obra, se creyeron tal vez ricos de talento y de gracia porque habían engañado y martirizado á un niño que por primera vez de su vida lloraba lejos de sus padres y de las queridas montañas de su patria!

Y la pobre criatura tuvo que sellar sus labios, ni aun tuvo el consuelo de quejarse de aquel bárbaro trato á D. Juan, porque se lo prohibieron sus verdugos con amenazas que le infundieron nuevo terror y nuevo desconsuelo!

## VI.

La familia de Quijano dormía en el piso principal á excepcion del dependiente mas moderno, y los perros que dormían en el piso bajo destinado casi en su totalidad á las oficinas.

Los perros *Leon* y *Pilis* dormían en el despacho del banquero que era una pieza elegantemente amueblada y el dependiente en un cuartito alumbrado por una especie de tragaluz, húmedo, colocado en un pasillo constantemente barrido por el aire que venía de la calle y el que venía de un patio situado en la parte opuesta, y amueblado con una cama compuesta de un tablado de pino, un colchon, dos sábanas, una manta y una almohada, una percha con dos garabatos y grandes colgaduras de telarañas pendientes de las bovedillas.

Antiguamente dormía el dependiente menor en un excelente cuarto del piso principal; pero D. Lucas lo había arreglado de otro modo mucho antes de la época á que nos referimos, porque aunque no era muy dado á los libros, se le alcanzaba algo de *higiene parda* y decía que los dependientes enfermaban á causa del tránsito repentino de lo incómodo á lo cómodo, de una cama dura á una cama blanda, de una habitación buena á una habitación mala. Su tío quiso oponerse á aquella innovación sosteniendo que lo que hacia enfermar á los dependientes era el maltrato que les daba D. Lucas; pero este sostuvo su teoría con tan fuertes argumentos que el pacífico banquero hubo de asentir por quitarse de ruidos. Los dependientes siguieron enfermando; pero D. Lucas aseguró á su tío que no había tales carneros, pues lo hacían para que se los dejara

dormir arriba, y el bueno de D. Juan que tenía bastante que hacer con las camorras de su esposa, y se acostumbraba á todo fácilmente, no quiso andar mas en dimes y diretes, y se acostumbró al sistema celular establecido por su sobrino.

Cenaban casi simultáneamente los principales y los dependientes, sirviéndose á estos las viandas sobrantes de la mesa de los primeros, y D. Lucas que segun hemos visto se sentaba ordinariamente al mediodía á la mesa de los dependientes, se sentaba á la de sus tíos á la noche y los días festivos, es decir siempre que el despacho estaba cerrado. Aunque el sobrino del banquero no podía tolerar que los dependientes fumasen, tenía una afición desmedida al tabaco; pero nunca fumaba delante de su tío, lo cual es muy fácil de explicar: D. Lucas fumaba cuando necesitaba ocultarse y cuando ya no lo necesitó siguió ocultándose por costumbre y quizá por no dar su brazo á torcer, pues en otros tiempos había jurado y perjurado á su tío que hasta el olor del tabaco le trastornaba. Levantábase de la mesa con el bocado en la boca y pasaba á la cocina donde comían los dependientes preparando su cigarro que no encendía por temor de que sus tíos lo olieren, y tomando una luz daba la voz de « ¡A acostarse! » al dependiente menor. Este solía estar á mitad de la cena, como que los principales llevaban siempre un plato de ventaja, pero D. Lucas estaba rabiando por fumar y el dependiente no tenía mas remedio que levantarse de la mesa, dar las buenas noches á toda la familia empezando por los principales y seguir á D. Lucas que bajaba la escalera dando cada chupada que valia un doblon.

En tanto que el dependiente se acostaba á beneficio de la luz colocada en el pasillo frente á la puerta del cuarto, D. Lucas apuraba su cigarro; tomaba la palmatría, hacia cuatro fiestecitas á los perros acostados en un mullido colchoncito, y subía á hacer un rato de compañía á sus tíos que gustaban charlar un rato de sobremesa por no ir á la cama con el bocado en la boca, como ellos decían.

Si D. Juan Quijano hubiese tenido un huésped, y este huésped le hubiese preguntado:

— ¿Porqué baja su sobrino de Valesentorio no bien acaba de cenar? D. Juan le hubiera contestado:

— Baja á acostar los perros y el chico, á dar un vistazo por abajo á ver si todo está bien cerrado, y á traerse la luz, porque en este Madrid hay que tener mucho cuidado con los fuegos. Como estos muchachos son tan dormilones, Lucas conoce que maldita la gracia tiene que el chico se esté ahí dando cabezadas porque nosotros tengamos gana de parola, y se apresura á llevarle á acostar.

A Angel sucedió ni mas ni ménos lo que había sucedido á sus antecesores, con la diferencia de que al pobre chico le fué mas sensible el acostarse á media ración, porque como que en todo el día no había entrado gracia de Dios en su boca, tenía una hambre canina. Una persona adulta, teniendo la pena que él tenía, hubiera mirado con repugnancia la cena, aunque se hubiera estado cayendo de debilidad, pero un pobre niño, si pierde el apetito por algunas horas, le recobra muy pronto por muy acerbas que sean sus penas.

Angel se acostó, y D. Lucas se despidió de él diciéndole:

— A ver si por la mañana se pegan las sábanas, que á Madrid no se viene á comer y dormir. A las seis, á barrer bien la oficina.

D. Lucas, como hemos visto, era muy aficionado á ese genero de lenguaje impersonal que para esquivar el tratamiento han inventado los lacayos y los militares.

## VII.

Angel halló en la soledad de su dormitorio la compensación de la parte de cena de que la viveza de D. Lucas le había privado. Allí podía llorar, pedir á Dios que le volviese á sus montañas, invocar el nombre de sus padres y hasta execrar á los que le maltrataban, sin que una burlona carcajada, un humillante dicitio ó un golpe viniesen á interrumpirle.

¡Ay! ¡cuánto lloró la pobre criatura aquella noche!

— ¡Qué triste es vivir en Madrid! decía. De Madrid al cielo, suelen decir en mi tierra. ¡Bien se conoce que no han estado aquí los que tal dicen! ¡Las calles y las plazas están convertidas en lodazales, la gente tropieza una con otra, los carruajes y las caballerías atropellan y llenan de lodo al transeunte, las canales empapan de agua al que transita por las aceras, y el aire que viene de los puertos hace brotar la sangre de las manos y la cara!... No es así en mi país: no es así en los campos de Vizcaya. Allí blanquea la nieve rasa y pura sobre la yerba y las peñas, sobre los tejados y los árboles, y cuando el sol ó la lluvia la derriten, no se convierte en lodo, que se convierte en claros arroyuelos; allí no se apiñan y se atropellan y se confunden las gentes y los ganados y los carruajes, que Dios ha dado á todos holgura, y campo en que espaciarse, y si soplan allí los aires fríos del invierno, dan la salud en vez de quitarla. ¡Ay! ¡qué diferente hubiera sido para mí el día de hoy si le hubiera pasado en mi aldea! Hubiera salido al campo á trotar en la nieve, hubiera formado bolas de nieve en la cumbre de la montaña para verlas rodar al valle, hubiera vuelto á casa, y después de calentarme y almorzar al amor de la lumbre, hubiera subido al sobrado á coger los pájaros que buscan allí abrigo contra la intemperie y el alimento que la nieve les oculta en el campo, y en tanto que mi madre preparase la cena, mi padre y mi abuelo me hubieran

contado sus hazañas del tiempo en que fueron militares. Después de cenar, me hubiera acompañado mi madre hasta mi cama, me hubiera abrigado cuidadosamente, se hubiera despedido de mí con un dulce beso, y en este instante no estuviera despierto y llorando como estoy, que dormiria tranquilo hasta que por la mañana fuera mi madre á despertarme con otro beso.

Así diciendo y así pensando pasó Angel casi toda la noche. Comenzaban á oírse en la calle las voces de los vendedores, el ruido de los carros y las pisadas de los transeuntes cuando el desvelo y el cansancio del cuerpo y del alma atrajeron sobre él un benéfico sueño.

Quedóse, pues, profundamente dormido: sus mejillas se pusieron sonrosadas, su semblante, su actitud y su respiración revelaban una dulcísima calma; una apacible sonrisa entreabría sus labios, y de cuando en cuando se escapaba de ellos el nombre de « padre, madre » ú otros que debían ser tan gratos como estos al desventurado niño. Ora soñaba que se hallaba en su país, rodeado de su familia, jugando con los compañeros de su niñez; ora que corría por las riberas del río que fecunda el valle donde nació; ora que trepaba á la copa de los árboles á coger el nido de la paloma torcaz ó del picazo; ora que derribaba á pedradas el fruto del manzano ó del nogal; ora que iba á la seve á hacer silbos con la corteza del castaño ó al arroyo á hacer molinos de junco; ora que subía á la cumbre de la montaña coronada por una ermita en torno de la cual llamaba el tamboril á la romería; ora en fin, que era la noche de san Juan, y alumbraban el valle las hogueras encendidas en los cerros y le alegraban el repique de las campanas, el disparo de las escopetas, y los cantares y los gritos de placer que acompañan á la *San Juanada*.

Y entregado á aquellos dulcísimos sueños que al que escribe estas páginas le es lícito adivinar quizá mejor que ningún otro porque ha llorado y ha soñado como Angel, no sintió el pobre niño las siete de la mañana que sonaron en el reloj del despacho de su principal.

## VIII.

Manuel y Cipriano, que así se llamaban los otros dos dependientes del banquero, bajaron á la oficina, y como no hallaran á Angel levantado se encaminaron á su cuarto.

— Despertémosle, decía Manuel, porque si baja D. Lucas y le encuentra durmiendo, le hace la *operación*.

— Anda, replicó Cipriano, dejémosle, que nos vamos á divertir si se la hace. ¡Lástima que no tengamos un buen manajo de hortigas como aquellas de nuestro país que levantan ampollas como garbanzos!

— Hombre, no tengas malas intenciones, que harto rabió ayer el pobre chico, sobre todo con lo del peso.

— Anda, que se fastidie, que tambien nosotros nos fastidiábamos cuando eramos como él.

— Pues yo creo que por lo mismo que á nosotros nos trataron mal, debemos tratar bien á los que son lo que fuimos nosotros.

Y al decir esto, se acercó Manuel á la cama de Angel, y empezó á menear á este y á llamarle; pero Angel seguía profundamente dormido.

— ¿Qué es eso? preguntó D. Lucas, presentándose á la puerta del cuarto. ¿Está todavía en la cama ese modrego?

— Sí, señor, contestó Cipriano con cierta fruición.

D. Lucas echó un *pecado* y añadió dirigiéndose á Cipriano.

— Veréis que pronto le despavilo yo, sube por un jarro de agua de la tinaja, que le voy á hacer la *operación*.

Cipriano, que parecia cortado por el mismo patron que D. Lucas, se apresuró á obedecer frotándose las manos de regocijo conforme subía la escalera. En la meseta de esta y apoyado en la barandilla de hierro que daba á un patio cubierto por un emplomado, estaba Rosendo escuchando lo que pasaba abajo, pues se oía desde allí perfectamente.

— D. Cipriano, dijo, ¿qué es eso?

— Que voy por un jarro de agua para hacer la *operación*.

— ¿Al rocin-venido?

— Sí. Verás como nos vamos á divertir.

— Mil demonios me lleven si yo no había adivinado que habria que hacérsela. ¿Agua de la tinaja, dice Vd.? Ca, no sea Vd. bobo. El agua de la tinaja, como está cerca del fogon, está templada. Venga Vd. acá, D. Cipriano, que de intento puse yo anoche en este tejadillo un buen jarro de eila.

— ¡Qué talento tienes, Rosendo! exclamó Cipriano, en tanto que el bruto del asturiano alcanzaba del emplomado un jarro lleno de agua.

— ¡Qué rica debe estar! añadió riendo que el agua estaba cubierta de una espesa capa de hielo que quebrantó con los nudillos de los dedos conforme bajaba la escalera.

Rosendo, no queriendo privarse del bárbaro placer de ver la operación que iba á hacerse con el pobre niño, bajó muy alborozado tras de Cipriano.

D. Lucas cogió el jarro y apartando la ropa que cubria al niño hasta la boca, derramó de golpe toda el agua en el pecho de la inocente criatura con mucha alegría de Cipriano y Rosendo, pues Manuel mas bien compadecia á Angel que celebraba el mal trato de que era víctima.

Angel dió un grito y un salto al sentir en su cuerpo el agua helada.

— ¡A ver si te despavilas! dijo D. Lucas, terminando la frase con otro *pecado*.

El pobre niño no replicó, no trató de disculparse. Arrojóse inmediatamente de la cama y se vistió en silencio. Sus ojos no derramaban lágrimas; ¡pero su corazón derramaba sangre! A la cabecera de su cama había una ennegrecida estampa que representaba á Jesus crucificado. El niño alzó los ojos á la santa imagen, y exclamó en el fondo de su corazón:

— ¡Señor! ¡llévame al cielo ó á mis montañas!

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

## Revista de Paris.

El año que comienza, año de bendiciones para los teatros parisienses que, gracias á la Exposición Universal, debe darles doce meses de trabajo y de buenas entradas, ó como dicen los empresarios, doce meses de invierno, se anuncia ya de un modo sorprendente para el mundo dramático. En el mes de enero, las cuatro primeras escenas de Paris, este emporio del teatro, han añadido á sus respectivos repertorios, esta un baile, aquella una ópera, la otra un drama en cinco actos, es decir, se ha representado ya una obra capital en cada uno de ellos. El Odeon ha dado la *Conciencia* de Alejandro Dumas; el Teatro Francés la *Czarina* de Scribe, la Grande Opera la *Fonti*, un nuevo baile de los señores Mazilier y Labarre, el Teatro Lírico *Robin de Bois*, ó llámese *Freysschutz*, esa obra maestra del gran compositor alemán Weber, y por último en los Italianos se canta con un éxito felicísimo *Il Trovatore* de Verdi. A este paso, no es de extrañar que al fin de la temporada la estadística teatral ascienda á una suma fabulosa de producciones nuevas, superior á la que arroja el año de 1854, en el cual se han estrenado sin embargo 253 obras como se ve por el cuadro siguiente:

Opera, 2; Teatro Francés, 11; Opera Cómica, 3; Teatro Italiano, 2; Odeon, 10; Teatro Lírico, 11; Vaudeville, 19; Gimnasio, 13; Variedades, 50; Palais Royal, 28; Puerta de San Martín, 6; Gaité, 7; Ambigü-Cómico, 13; Circo, 3; Folies-Dramáticas, 17; Delassements Comiques, 23; Beaumarchais, 10; Luxemburgo, 20; Choiseul, 3. Total 253.

Por esta simple estadística podrán formarse una idea nuestros lectores de las proporciones que tiene en Paris el movimiento literario y artístico de los teatros.

Los periódicos de Paris han dado cuenta de un lance que es toda una historia, y que prueba una vez mas cuánto es verdadera la máxima de *haz bien y no mires á quien*, máxima muy sabida pero desgraciadamente no tan practicada como debiera serlo.

Hace ya algunos años vivía en la Rochela un antiguo carnicero á quien su mala conducta, el asqueroso vicio de la embriaguez y otros análogos le habían reducido á la miseria, viéndose precisado á servir como criado en casa de uno de sus antiguos compañeros de oficio. Melancólico y taciturno cuando estaba en ayunas, única hora del día en que no estaba ébrio, adquiría unas maneras tan insolentes y tan provocativas en la embriaguez, que con frecuencia se veía reducido á prision y era castigado por la policía correccional. Entonces estaba viudo y solo tenía por familia un hijo, pobre niño de siete años que sufría las inevitables consecuencias de la conducta observada por su indigno padre. La desnudez, la suciedad, el hambre, el desamparo, la miseria mas espantosa constituían el patrimonio de aquella infeliz criatura, que participando como del pecado de Adán del de su padre, veíase implacablemente rechazado de los chicos de su edad, y por todo el mundo que exclamaba al verlo:

— Es el hijo del tunante.

El desdichado Pedro, que este era el nombre del muchacho, se hallaba una noche tiritando de frio y desfallecido de hambre, llorando, solitario y aburrido en un portal esperando que su padre fuese á consolarlo, cuando M. N., comerciante en paños de aquel barrio, movido de compasión á vista de aquel triste espectáculo, le hizo entrar en su casa, le dió de cenar, hizo que lo lavaran y limpiaran bien, cambiándole despues sus miserables harapos por otros vestidos nuevos, en términos que el mismo N. quedó admirado al ver la transformacion que en pocos instantes acababa de hacer en el aspecto tan demudado ya de aquella criatura. Bajo las señales de melancolía que en su cara había dejado el sufrimiento, veíase cierta viveza é inteligencia que anunciaba buenas disposiciones. Desde aquel momento M. N. tomó á su cuidado la manutencion y educacion del joven Pedro, á quien llegó á tomar grande afecto, pues él no tenía hijo ninguno. Primeramente le envió á la escuela y despues le hizo aprender el oficio de tapicero, con lo cual Perico gracias á su bienhechor se vió hecho un hombre, un excelente obrero y en disposicion de partir por los años de 1842 ó 1843 á la República de Méjico, donde obtuvo buena colocacion en un almacén de muebles.

Hace tres meses, un hombre de treinta y tantos años cuyo traje anunciaba el lujo y la riqueza se alojaba en una de las principales fondas de la Rochela. Este hombre parecia muy apresurado por llegar, y mudándose corriendo el vestido de camino se disponía á salir, no sin preguntar ántes al dueño de la fonda si M. N., tratante en paños, vivía en la misma casa. Grande fué su sorpresa y su estupor al oír que el comerciante había hecho malos negocios, y que hacia cinco ó seis años se veía arruinado, sin que se supiera siquiera su paradero. « ¡He ahí porqué no recibía cartas de él! » exclamó el forastero con desesperacion. Sin poder averiguar nada cierto acerca del paradero de su antiguo protector, M. Pierre, ó Pedro, se fué á Paris á sus negocios, abrigando siempre la esperanza de encontrarle en la gran capital.

A mediados del mes último, á eso de las dos de la tarde, un

jóven que se entretenía en registrar y hojear los libros viejos de uno de esos pobres libreros que bajo el nombre de *bouquinistes* instalan su mercancia sobre los parapetos de los muelles del Sena, tomó un libro de una caja y preguntó el precio.

— Dos reales, respondió el vendedor.

— Dos reales, repuso el honrado mozo; Vd. no debe conocer mucho su oficio, buen hombre, pues este es un *Elzevire* que vale á lo ménos dos pesos, ¡veinte veces mas que el precio que Vd. me pide!

— Puede ser muy bien, caballero, le dijo al estudiante el pobre librero de libros viejos, pues no hace mucho tiempo que ejerzo este oficio. Yo me refiero á su parecer, y en Vd. confío. Pague Vd. lo que quiera.

Apénas había el mercader de libros viejos pronunciado estas palabras, cuando un caballero que pasaba á la sazón, y que se había detenido á mirarle y á escucharle atento en el instante del diálogo, se lanza al cuello del pobre librero á quien estrecha entre sus brazos, exclamando:

— Al fin tengo la dicha de encontrar á Vd., ¡qué gozo tan grande para mí!... ¡Le he buscado á Vd. por todas partes!... Y abrazaba al librero llorando como un niño.

El pobre comerciante de papeles viejos, en el colmo del asombro, se esforzaba por reconocer á aquel hombre que se anunciaba con tales maneras.

— Pero si soy yo, yo mismo, dijo el jóven, aquel pobre Perico, aquella desgraciada criatura á quien sacó Vd. de la miseria cuando era rico, y á quien ha olvidado despues cuando se ve en la desgracia. Señores, dijo entonces Pedro el mejicano dirigiéndose á los numerosos espectadores que se habían agolpado á presenciar aquella escena, sin este excelente sugeto que Vds. ven aquí, yo sería tal vez hoy un ladrón ó un mendigo; pero ahora soy rico á mi vez y ya no nos separaríamos jamás.

Despues de dejar al *ex-bouquiniste* el tiempo apénas necesario para entenderse con un compañero vecino y desembarazarse de sus cajas de libros rotos y viejos, tomó Pedro por el brazo á M. N., y subiendo los dos en un fiacre partieron saludados por los vitores y aplausos de aquella multitud enterrecida.

Ha llegado á Paris esta semana de vuelta de un viaje terrible el intrépido aereonauta M. Buislay, que á pesar del inminente peligro en que se ha visto en su última ascension en Barcelona, parece no se halla dispuesto á renunciar á sus peligrosas correrías por la region aérea. El viaje á que nos referimos no ha sido para M. Buislay tan feliz como los anteriores, á causa de uno de esos incidentes que no está en la mano del hombre prevenir, pero el hecho es que el aereonauta estuvo expuesto á ser víctima, como hemos dicho, y sufrió los mas espantosos martirios.

Segun las relaciones de los periódicos, parece ser que cuando el globo se hallaba á una altura considerable cambió de direccion hácia el mar. M. Buislay creyó prudente acelerar el término de su viaje y quiso hacer uso de la válvula. Júzguese cuál sería su terror, cuando aquella no obedeció al movimiento de la cuerda. El viento arreciaba, el globo subió sin que el aereonauta pudiese emplear á su arbitrio tan especial y único socorro, quedando á merced del viento y de las afecciones atmosféricas en la inmensidad del espacio, no por horas, sino por uno, por muchos días. La consternacion de M. Buislay fué en aquel momento imponderable. La desgracia de M. Arban, víctima tal vez de un accidente análogo, se presentaba á sus ojos con los mas negros colores. Se acordó de su propia familia; comprendió que nada podía esperar; sino de sí propio, hizo un esfuerzo sobrehumano, y Dios le amparó en tan angustiosa situacion.

Encaramóse como pudo por las cuerdas que forman una especie de red alrededor del globo, y con un cuchillo, que providencialmente llevaba consigo, pudo abrir algunos agujeros para dar escape al gas en la parte mas alta de la superficie interior. La posición de aquel hombre, poseído de mortal ansiedad, trepando sobre un enrejado de cuerdas á una distancia tan grande de la tierra, que desde ella no podía distinguirse, debía de ser terrible. El instinto de la propia conservacion le obligó á hacer un esfuerzo casi sobrenatural.

El globo descendió al fin sobre la superficie del mar. El aereonauta estaba transido de frio, rendido por el exceso de la fatiga, y anonadado por el susto cruel que acababa de sufrir.

También la Providencia le había inspirado que se ciñese el salva-vidas. Sin este recurso hubiera perecido ahogado, pues que perdió el conocimiento, se le encontró como desmayado flotando sobre el agua á la inmediacion de su globo.

En tal estado le cogió el vapor *Remolcador*, que había corrido velozmente á darle auxilio. Otro contratiempo se había conjurado contra el desgraciado Buislay: el gas que se desprendía del globo acababa casi de asfixiarle.

El capitán de dicho buque, señor Maristany, y demás personas que le acompañaban, entre los cuales había algunas señoras, emplearon grandes esfuerzos para socorrer al aereonauta, que al fin recobró el sentido. Al despertar de su penoso desmayo, y al encontrarse á salvo, brotaron de sus ojos lágrimas de alborozo, de ternura y de agradecimiento. Conducido á la casilla de sanidad, uno de los señores facultativos le prodigó los socorros del arte, que le eran muy necesarios.

Tal es el triste relato de la expedicion del osado aereonauta M. Buislay: expedicion que todo el mundo había creído mas afortunada, hasta el punto de haber muchas personas que sentían una especie de envidia de no poder acompañarle en su viaje.

Noches pasadas, una escena muy original puso en conmocion al público de uno de los teatrillos de segundo orden del boulevard del Temple. La anecdota que vamos á referir es de una autenticidad incontestable.

El empresario del teatro á que nos referimos tiene ofrecido un premio de quinientos pesos al autor de una pieza dramática de cualquier género, que obtenga cien representaciones en el espacio de seis meses, á contar desde el día en que se estrena. Un escritor M. N... (por discrecion callamos su nombre

así como el título de su obra) había tenido la suerte de ver el título de su pieza en los carteles durante setenta noches consecutivas, sin que la continuidad de la misma funcion hubiese cansado aun la curiosidad pública.

Sin embargo, á las ochenta representaciones las entradas principiaron á bajar, y á las noventa comenzó á observarse un fenómeno digno de estudio; una noche el teatro se hallaba casi vacío, y al siguiente había compensacion, en suma, había alta y baja como en la Bolsa. No había ninguna otra obra de que echar mano, y se iba acercando el momento en que la centésima representacion daría al autor los quinientos pesos. El empresario, hombre de ciencia teatral y buen calculador, veía la aproximacion de esa hora funesta con un dolor secreto. Por último la pieza se suspendió á la representacion número noventa y nueve.

Todos los días el autor solicitaba el anuncio de su obra, pero el empresario hallaba cada día una razon para no acceder á la demanda. En este intermedio un negocio importante llamó al empresario á una capital de provincia; mas ántes de marchar el cauteloso director exigió juramento al encargado que dejaba en el teatro, para que por ningun motivo cambiase el repertorio que había dispuesto para el tiempo que debía durar su ausencia.

Pero durante esta ausencia la enfermedad de una actriz puso al encargado en un apuro extremo; no hubo mas remedio que organizar otra funcion, y el autor de la pieza suspendida que estaba en acecho, urdió la intriga con tanta destreza que al cabo vió con alegría el cartel que anunciaba la centésima representacion de su comedia.

Ya el teatro está lleno de gente, ya resuenan los tres golpes de ordenanza, y la orquesta preludia la sinfonía. El actor X... que desempeñaba el papel de protagonista había dado ya un paso fuera de bastidores, cuando se presenta un hombre fuera de sí, jadeando y sin aliento, como un correo de gabinete; era el empresario que la Providencia hizo llegar á tiempo. El intrépido director corre al cómico X... y tomándole de la mano, le dice:

— Amigo mio, pobre amigo mio, no sé como decirte la horrorosa noticia...

— ¿Qué noticia?

— Tu mujer, tu mujer, amigo mio...

— Pero ¿qué pasa?

— La acaba de atropellar un coche á la esquina de la calle del Temple...

— ¿Sería verdad?...

— Sí, en este momento tal vez ya no...

— El empresario no se atreve á concluir la frase; el cómico se quita entonces su sombrero, arroja lejos de sí su peluca, y echa á correr medio vestido de máscara por las calles.

El director llama á su encargado y le manda que salga á decir al público que *por causa de una desgracia que le ha sucedido á la familia del actor X...* no se puede dar la funcion anunciada, pero que en cambio se dará otra cosa.

El encargado hizo su anuncio, y la comedia se reemplaza; cuando el empresario observa que su público atiende ya á la representacion de la otra pieza, se pone en camino detrás del actor X..., y le encuentra tomando informes sobre la supuesta desgracia; pronto le saca del susto, y se justifica diciéndole que la noticia que le había alarmado es falsa, y que le había servido para echar abajo una intriga próxima á producir un resultado desastroso para su bolsillo.

En suma, la centésima representacion de la pieza á que aludimos no se ha dado todavía, y los trajes y las decoraciones descansan bajo llave al abrigo de toda tentativa, cuando ménos por algunos meses.

MARIANO URRABIETA.

## Tiendas-barracas de mimbre.

Está visto que en nada se piensa sino en la destruccion; cada cual se afana por inventar nuevas máquinas de guerra. El mal resultado que han tenido delante de Sebastopol los cañones Lancastre no ha desanimado á los ingleses, y se asegura que en este momento M. Perkins hijo propone al gobierno inglés que vuelva á poner en uso los famosos cañones de vapor que suponen fueron inventados por su padre, cuando está perfectamente probado que la idea nació en Francia doce años ántes.

Sea como quiera, lo cierto es que el haberse hablado de las armas de vapor, abandonadas por demasiado peligrosas y terribles para la guerra, tiene á estas horas en ebullicion muchas cabezas; se sueñan mil aplicaciones diferentes de esa idea madre, como verbigracia: las baterías de los vapores se pondrían en comunicacion con las calderas; y con solo dar una vuelta á la llave se transformaría el buque en un volcán... Con este solo ejemplo basta para que nuestros lectores se formen una idea de lo que se piensa en Inglaterra para dotar al mundo de descubrimientos homicidas...

Pero mientras los ingleses ponen á contribucion su ingenio para inventar nuevas máquinas de guerra los franceses se interesan mucho mas en las invenciones que tienen por objeto el alivio y bienestar de los soldados en campaña. Ejemplo de esta laudable tendencia es lo mucho que se ha trabajado por hallar un abrigo mejor para las tropas que están á campo raso; hasta ahora solo han estado en uso los aparatos siguientes: la tiendecilla-abrigo que lleva consigo el soldado; la tienda grande de ordenanza que forma parte del material del campamento, y la barraca construida de argamasa de barro y paja que se establece en un punto fijo, en los campos permanentes franceses del interior. Para

un alto de corta duracion, la tienda-abrigo parece ser la única practicable por su facilidad de transporte, y para un campo permanente, la barraca es tambien muy buena por su solidez extraordinaria. Pero todo esto cambia mucho cuando se trata de un campamento de dos ó tres meses delante de una plaza de guerra, de un campo fortificado provisional, ó tambien de un campo de maniobras que se establece en verano y se levanta en invierno. En estos casos, la barraca no es un edificio propio de la estacion, y las tiendas de lienzo no dan siempre el abrigo necesario, de modo que, sería muy provechoso haber hallado entre la barraca y la tienda, un término medio que ofreciese á la vez cuando ménos aproximativamente, la solidez de la primera y la movilidad de la segunda. He ahí el punto de partida del progreso que se espera.

Desde hace algun tiempo llueven modelos de tiendas de madera tanto en Inglaterra como en Francia, y ya mas de una vez se han pesado escrupulosamente sus cualidades y sus faltas. En algunos de esos aparatos se ha temido que sus paredes de madera no puedan oponer bastante resistencia á la accion del viento, del calor y de la lluvia, lo que es temible en efecto, cuando se trata, verbigracia de un país en que faltan absolutamente las maderas de construccion para reemplazar las piezas que por cualquier accidente se queden fuera de servicio, y por último, se ha pensado tambien en los grados de habilidad especial que necesitaria el soldado para construir y desmontar rápidamente la tienda de madera. En una palabra, se ve una cosa buena y se

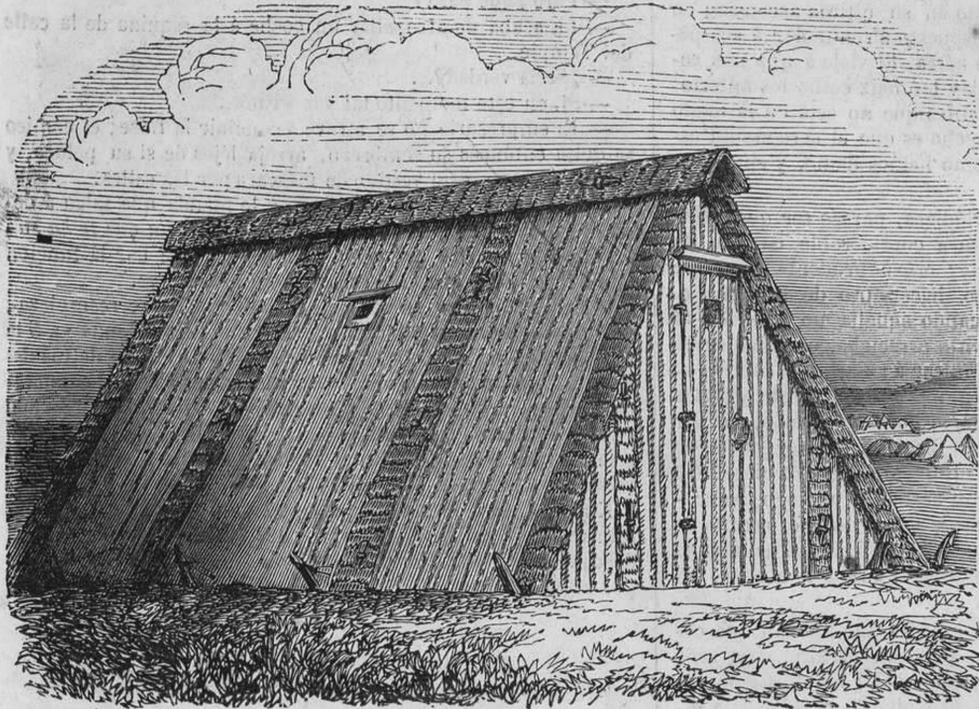


Nuevo sistema de campamento de mimbre. — Tienda de oficial.

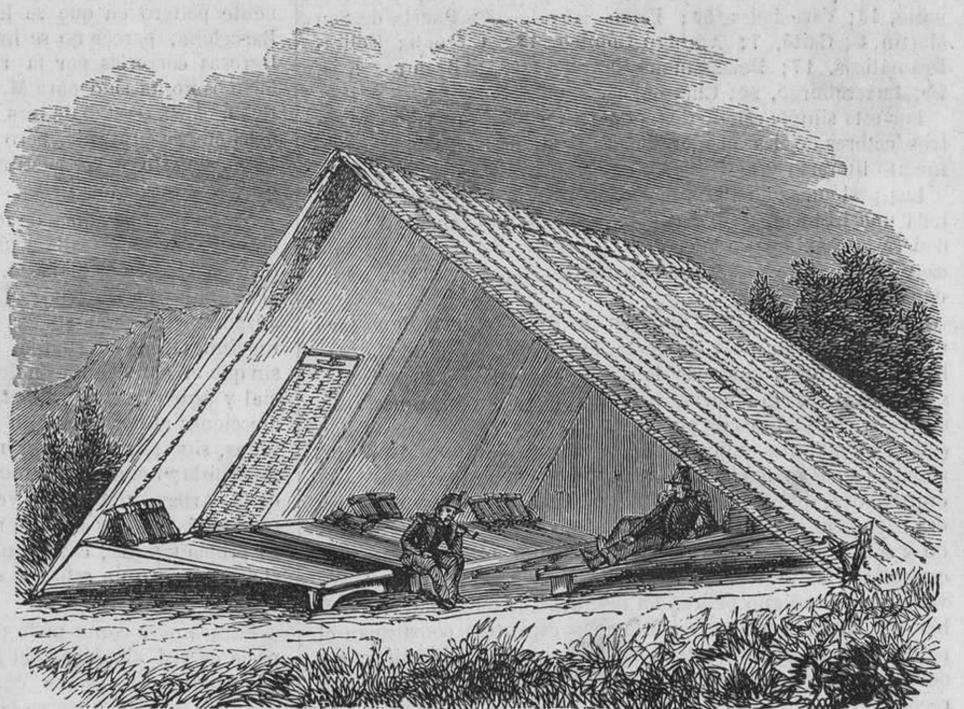
desea otra mejor, de modo que los inventores trabajan y trabajan siempre.

Sin embargo, en medio de esa confusion de inventos infatigables, hemos notado uno que se nos figura está basado en una idea bastante original. MM. Heomet, cesteros de Versalles, han imaginado la construccion de tiendas-barracas de mimbre. En efecto, la ligereza de los tegidos que se obtienen con el mimbre y su elástica solidez hicieron pensar á los ya citados que unos grandes trozos de esa materia harian unas buenas paredes para un tienda-barraca, que con dimensiones trazadas de antemano, podrian alzarse en pocos instantes sobre el terreno, y podrian unirse entre sí sólidamente, por medio de esas charnelas ó visagras con anillos tambien de mimbre que constituyen el mecanismo de las tapas que ponen en los cofres que transitan por los caminos de hierro. Bajo este concepto, los inventores pusieron manos á la obra, y el otro dia les hemos visto alzar en ménos de quince minutos una de sus tiendas-barracas, sin otras piezas de reunion que unas simples clavijas de madera pasadas por anillos de mimbre. La tienda se clavaba en el suelo por medio de algunas estacas; todas sus piezas se arqueaban entre sí, y los esfuerzos intentados para derribar la tienda hallaban una especie de resistencia elástica completamente invencible.

Damos aquí el dibujo del conjunto de algunas de esas tiendas, observando de paso que su forma no es la definitiva, y que con la materia empleada se puede ejecutar cualquier otro modelo que el ministro de la Guerra quiera hacer cons-



Exterior.

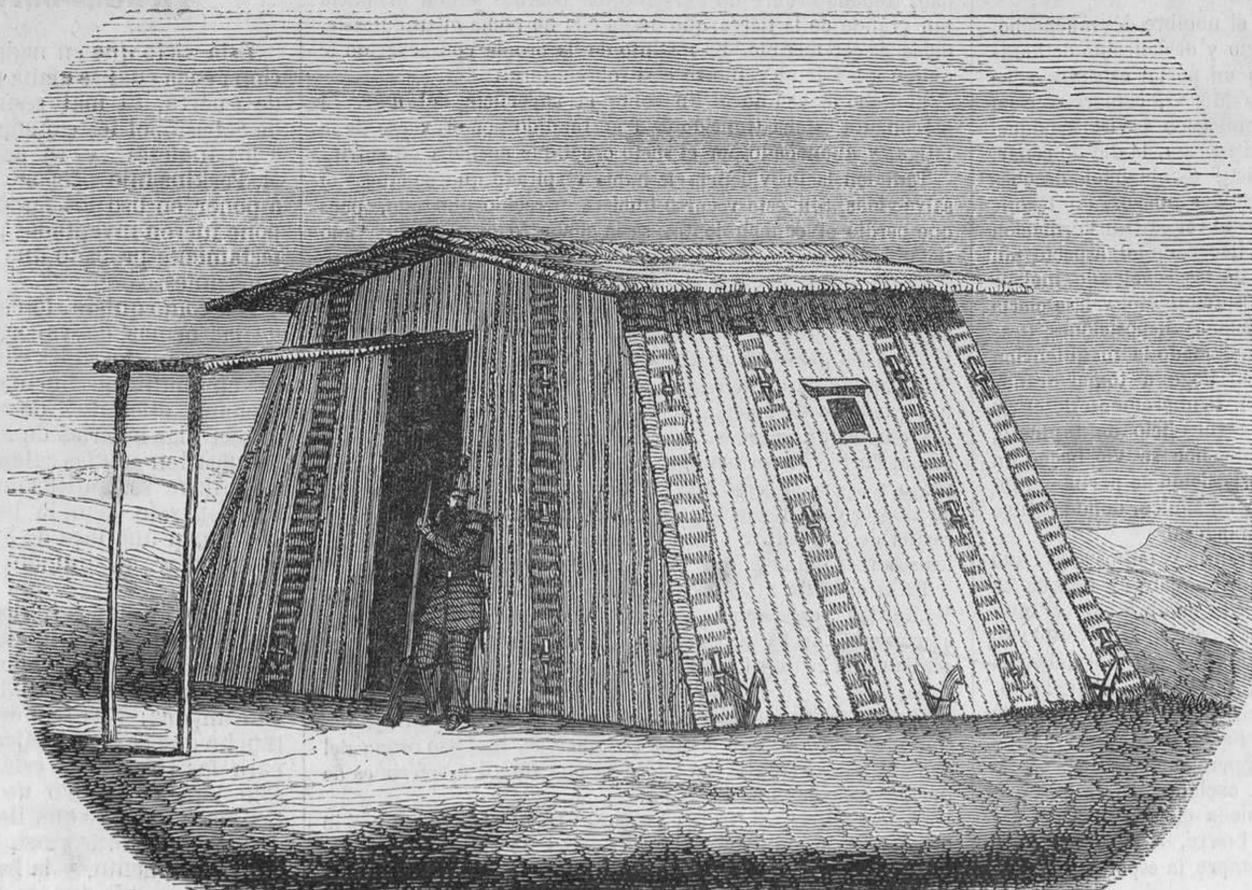


Tienda para 26 soldados.

Interior.

truir para tienda de oficial, de soldados, de hospital de sangre, de cuadra, etc. Ahora la cuestion es esta; ¿se halla sí ó no, en esas construcciones de mimbre una ventaja positiva en cuanto á solidez, ligereza, comodidad de transporte, facilidad para armarse y desarmarse, etc.? Al gobierno le toca dar la respuesta: *sub judice lis est*. Pero además, cuando los jueces competentes hayan pronunciado su fallo, vendrá la experiencia que quizás encontrará tambien algo que reformar en las consideraciones del fallo de primera instancia. Sin esperar hasta entonces ya desde hoy se prevee que para obtener una impermeabilidad suficiente, tendrá que barnizarse el mimbre con una capa de pez, lo que en verdad produciria un gasto insignificante.

La nueva tienda presenta por otra parte en su arreglo interior una innovacion de las mas ingeniosas; unos zarcos de mimbre adheridos por una de sus extremidades á las pa-



Tienda para un servicio especial, como estado mayor, hospital de sangre, ó cuadra.

redes laterales, se alzan durante el dia para dejar el espacio interior completamente libre, y se bajan durante la noche para servir al soldado de cama, cuya elasticidad relativa debe tenerse en cuenta. La mochila de ordenanza servirá de almohada, y con la manta de reglamento ya tenemos la cama del soldado en campaña.

Por último, nosotros nada queremos aventurar sobre la suerte del invento, que ha sido ya favorablemente apreciado por hombres especiales á quienes el Emperador encomendó este exámen, lo cual es mucho; pero aun cuando la tienda de mimbre se admitiera con condiciones de reforma, nosotros persistiriamos en creer que de este modo de construccion se puede sacar algo de lógico y de útil. Por lo demás, si nos hemos ocupado aquí de la invencion de MM. Heomet, es porque hemos creído que el descubrimiento, por su noble fin de aliviar la existencia de la tropa, merece ser señalauo.

**Suscripcion**

EN FAVOR DE LOS SOLDADOS Y MARINOS FRANCESES DE LA CRIMEA.

La suscripcion nacional abierta en Francia en favor de los soldados y marineros franceses que combaten valerosamente en la Crimea por la causa de la civiliza-

cion y de la justicia, ha tomado las proporciones que eran de esperar entre un pueblo que ha sabido siempre recompensar los esfuerzos de sus hijos. Segun la voluntad de los suscritores, las sumas entregadas han recibido diferentes aplicaciones, y entre todas ellas hay una provocada por un periódico de Paris con el objeto especial, *único* de enviar *tabaco* á los franceses y á los ingleses de Crimea, pensamiento que nació de una carta escrita por la señora condesa de G... al periódico á

que nos referimos, y que ha encontrado eco en toda la Francia hasta el punto de haberse reunido en la actualidad la suma de 300,000 francos para la compra de cigarros y de pipas.

Los encargados de recaudar las ofrendas de este ramo de la suscripcion patriótica, recibieron de un artista anónimo un cuadrito cuya reproduccion se ve en nuestro dibujo, acompañado de las siguientes líneas:



Un zapador de ingenieros.



Dibujo regalado para la suscripcion en favor del ejército de Oriente.

Paris 8 de enero de 1855.

« Soy un artista, gran fumador, pero hombre de poca fortuna, de modo que si enviara á Vds. dinero ó tabaco me privaria de lo que necesito; por esta razon hallo mas fácil mandar mi ofrenda bajo la forma de

un zuavo en el ejercicio de su arte y fumando con delicias el tabaco de la suscripcion.

» Vean Vds. el partido que pueden sacar de este dibujo, ya vendiéndole, ó ya organizando una rifa de unos cincuenta billetes.—Sea cual fuere el partido que saquen Vds. de él, siempre habré contribuido con mi

débil parte á dulcificar un poco las privaciones de nuestros bizarros soldados de Oriente.

» De Vds., etc.

» UN ARTISTA. »

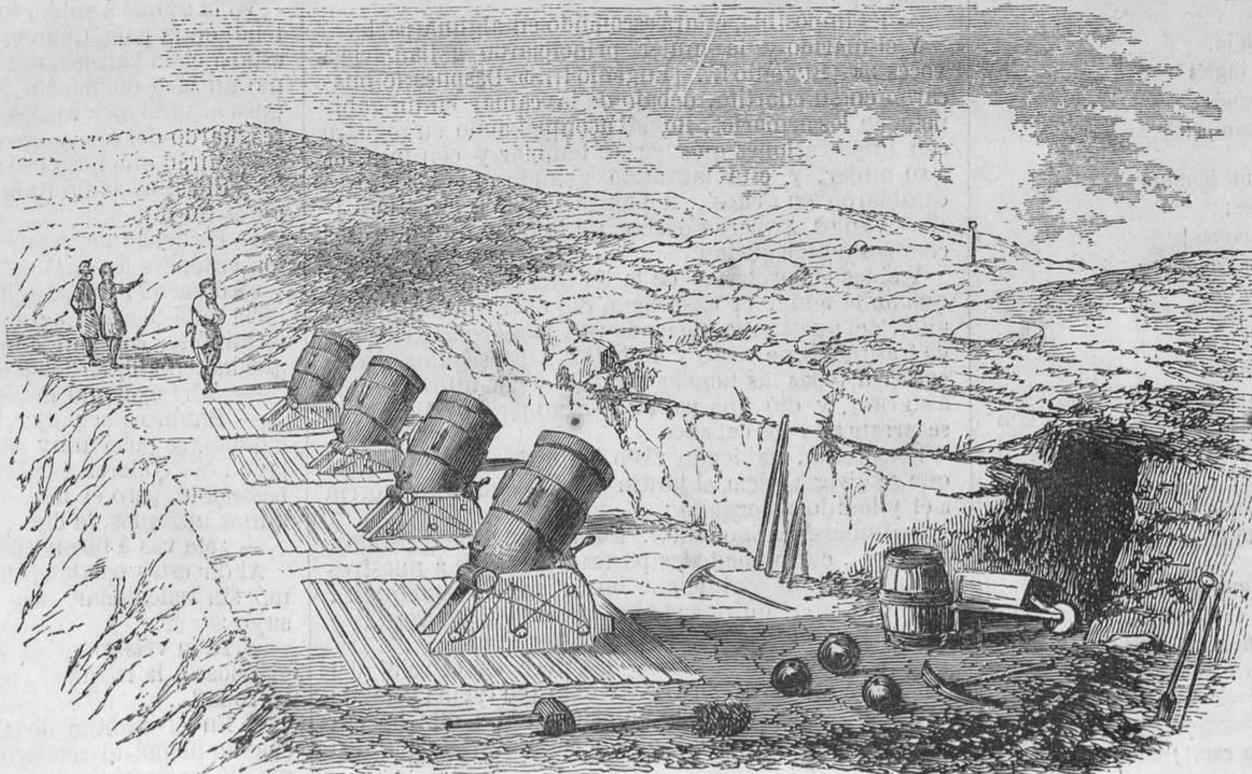
La señora condesa de G..., la que provocó esta suscripcion, como hemos dicho, ha comprado el dibujo del artista anónimo en la cantidad de 250 francos.

**Correspondencia del teatro de la guerra.**

Delante de Sebastopol 29 de diciembre de 1854.

Suplico á Vds. tengan la bondad de insertar en su periódico los dos dibujitos adjuntos, si los creen dignos de ser publicados. No soy artista, pero trato de reunir una coleccion de tipos y de paisajes aunque estoy muy ocupado en las faenas del sitio.

El uno representa una bateria turca de cuatro morteros de grueso calibre, destinada á destruir el puente de barcas establecido sobre la bahía. El sitio de esta bateria está abierto en la roca sobre la vertiente izquierda del barranco llamado de



Bateria nº 22 de morteros turcos.

los Ingleses. Los artilleros solo tienen que temer una bomba que se detuviera junto á los morteros, ó que estallara al tiempo de caer, pues de otro modo rodaria al fondo del barranco.

El otro dibujo es un zapador de ingenieros dispuesto á marchar á la trinchera; lleva un paletó de piel de carnero y el chiachia (gorro griego) y va con el fusil á la espalda y la cartuchera.

A. M.

Sargento del tercero de ingenieros. — Crimea.

## LOGOGRIFO.

Acertadme un logogrifo  
Que así, á la pata la llana,  
Improvisé esta mañana  
Con ayuda de Rengifo.

Entre otras mil (parad mientes,  
Que ya desfila el convoy)  
Con nueve letras os doy  
Las baratijas siguientes :

Un distintivo, una flor,  
Un suplicio y un insecto,  
El abono mas selecto  
Y parte de un ruiseñor :

Una dama melindrosa  
Que á los gentiles fué númen,  
Y otra cosa que en resúmen  
Viene á ser la misma cosa :

En Africa una region,  
En España una ciudad,  
Una ave de calidad  
Y un pez (no es el tiburón) :

Parte esencial de una alberca,  
Parte de cualquier triduo,  
Y parte del individuo,  
Y otra que le anda muy cerca :

Lo que entonan dos guitarras,  
Una fruta de Castilla,  
Y cierta flor amarilla  
Distinta de la de márras :

Lo que hay en toda comedia  
De don Pedro Calderon;  
Lo que hay en el pantalon  
Que del frio me remedia :

Un problema que Alejandro  
A su modo resolvió,  
Y lo que á Clelia salvó  
Y perdió al pobre Leandro :

Lo que aprieta el corvejón;  
La mas horrible congoja;  
Una villa de la Rioja;  
Otra villa de Aragon :

Un como exordio de drama,  
Cierta trasporte marítimo,  
Mi pariente mas legitimo,  
Y lo que ha de ser mi dama :

Un árbol que abunda en Cuenca,  
Y dos lugares muy gratos  
A las ranas y á los patos,  
A la anguila y á la tenca.

Lo que halaga al fiero Marte,  
Aunque el padre al hijo pierda,  
Y una ciudad que recuerda  
Laureles de Bonaparte.

Cierto periódico anual  
Que hace temblar al tesoro,  
Y un instrumento sonoro  
Y un pecadillo pascual.

La madre de mejor hija,  
Lo que diz que es el inglés  
Para el pueblo portugués;  
¡Y le explota y le encanija!

Lo que es para Dios un hombre  
Respecto de los demás;  
Pero en el mundo, ¡jamás!  
Aunque á *Lamartine* asombre :

Dos adverbios, de los cuales  
Uno hace poco caudal,  
Y el otro un duro cabal...  
Rebajando veinte reales :

Un dictado sin substancia;  
¡Tan prodigado lo ves!  
Lo que equivale á francás  
Y lo que equivale á Francia :

El suegro mas inhumano  
De que hace mencion la historia,  
Y un juez de eterna memoria  
En el suelo castellano :

En una palabra sola,  
Un papa os doy (¡cosa rara!)

Y un músico y tela para  
Hacer una camisola :

Y cierto asiático emporio,  
Y lo que aquí y en Sahagun,  
Nunca ha faltado en ningun  
Monástico refectorio :

Lo que hace cualquier esquina;  
Que todos hacemos algo,  
Y la cama, no de un galgo,  
Sino de una golondrina;

Y en pascua de Navidad  
El todo, lector amigo,  
Es un abuso... ¿Qué digo?  
Es una calamidad.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

## El Niño robado.

## I.

A fines del año de 1830, un ex-dragon de la guardia imperial, que desempeñaba el modesto empleo de guarda del jardín del Luxemburgo en Paris, entraba una noche, terminado su servicio, en su humilde habitación, y entraba con una alegría inusitada. Hacía algunos días que el cabo Roblot (este era su nombre) al tomar posesion de su cargo, había hallado junto á sus compañeros, viejos militares como él, su antigua alegría del regimiento, contándoles sus aventuras de campaña en todos los Estados europeos. Roblot fumaba con este motivo dos veces mas que antes, y apenas reñía á su mujer cuando al llegar por la noche se encontraba con que la sopa no estaba sobre la mesa exhalando su olor á berza.

La causa del buen humor de Roblot era la siguiente: tenía una hija que se había quedado viuda con un niño de cinco años, y habiendo tenido precision de hacer un viaje que debía durar quince días, había dejado encomendado el niño á sus abuelos, sabiendo que en ninguna parte podía estar mejor que en su casa... Con la presencia de este niño, Roblot y su mujer estaban locos de alegría. El cuidar á un niño es para una abuela el mayor de todos los placeres; es como una vuelta á los primeros tiempos del matrimonio que dejan tan excelentes recuerdos en el corazón de los buenos esposos; en cuanto á Roblot, empleaba sus ócios de la mañana y de la noche en hacer brincar al nieto sobre sus rodillas, admirando al mismo tiempo sus cabellos negros y rizados y sus ojos negros. Otras veces se ocupaba de su educacion, le enseñaba á leer, á tocar el tambor y á manejar su fusil de madera.

En la noche de que hablamos, Roblot volvía á su casa con el deseo de entregarse pronto á tan dulces ocupaciones, y apenas había entrado cuando exclamó, despues de haber arrojado una mirada en torno suyo:

— ¿Dónde está el niño?

— Aquí estaba ahora, contestó su mujer; pero ha venido á buscarle la bollera.

Roblot se dirigió lentamente hácia el puestecillo de bollos que estaba allí junto, y dijo á la vendedora:

— Buenas noches, tía Gilion, vengo á buscar el chiquito, porque no le he visto desde esta mañana, y deseo verle.

— Está ya en vuestra casa, respondió la mujer; vengo de acompañarle hasta la esquina.

Roblot se volvió apretando el paso, y al entrar exclamó dirigiéndose á su mujer:

— ¿Porqué no me dijiste que el chico había vuelto?

— Porque no ha venido, no está aquí, contestó la anciana algo alarmada.

— Es imposible, estará escondido en alguna parte.

Y el marido y la mujer principiaron á llamarle á voces: « ¡Eugenio!... ¡Eugenio!... » Despues le buscaron en su cuartito, debajo de la cama, en un gabinete, en los armarios, Roblot acompañando su registro con imprecaciones que hacían temblar y con injurias á su mujer, y esta lanzando gemidos que pronto se cambiaron en gritos... Roblot se volvió á la bollera:

— Vamos, ¿quereis darme mi hijo? mirad que esas chanzas no me gustan.

Y oidas las protestas de la tía Gilion que aseguraba que no le tenía, el ex-dragon dió al traste con todo el ajuar del puestecillo haciendo una horrorosa carnicería de frasquetes, de vasos y de bollos... En seguida echó á correr á todas las tiendas vecinas, y por último volvió á su casa, y dió una paliza á su mujer que lloraba y se arrancaba los cabellos.

Por último, habiendo visto á uno de sus camaradas que se dirigía hácia el jardín del Luxemburgo, corrió á él y le dijo sollozando:

— Dubois, amigo mio... socórreme... he perdido á mi hijo... corre por todas partes... advierte á nuestros camaradas... al centinela... busca en los estanques... ¡Oh, Dios mio! quizá se habrá ahogado... Yo voy...

Y saltó en un coche que pasaba por la calle.

Acababan de dar las doce en el reloj del Luxemburgo... La pobre mujer del cabo estaba velando en su choza; dos vecinas que estaban con ella hacían mil esfuerzos para consolarla, pero ella seguía llorando...

— Las doce, dijo, y mi marido no vuelve.

En el mismo instante oyó un ruido de pasos en el jardín... se lanzó á la puerta cuando Roblot entraba.

— ¡Nuestro hijo! exclamó.

El cabo, apenas entró, se quitó el sombrero, y enjugando su frente empapada en sudor, dijo con aire sombrío:

— Nada... nada... he dado la vuelta á todo Paris... he dado las señas en todas las barreras... en la policía... en los periódicos... verémos... ¡Ah! dijo despues de una pausa, y como para darle una esperanza que no tenía, quizá no está perdido.

Entónces distinguió una carta sobre la mesa; era de su hija y le decía que dentro de cuatro días estaría en Paris, y que tenía grandes deseos de abrazar al niño.

— Pobre madre, exclamó con desesperacion; si no encuentra á su hijo... tampoco encontrará á su padre....

Se pasaron dos días sin la menor noticia... En la mañana del tercer día Roblot principió su paseo ordinario á todas las puertas de Paris; cuando llegó por la mañana á la primera de ellas, buscó entre los empleados del resguardo á uno que en los días anteriores se había dolido mucho de su desgracia, y como le viera registrando el carro de una lechera, se acercó á él y le dijo tristemente:

— ¿Con qué no hay nada?

— ¡Ah! sois vos, respondió el guarda; nada bueno tengo que deciros... Aquí teneis, añadió hablando con la lechera, un abuelo bien desgraciado... le han robado su nieto...

— ¡Robado! exclamó la lechera.

— Sí, alguna pícara le habrá cogido para mendigar con él...

— Probablemente.

— Sin eso ya se habría encontrado.

— ¡Ah! exclamó la lechera, ¡qué desgracia tan grande!... Si me robaran á mi hijo... preferiria verle muerto; pobres criaturas... á lo ménos se sabe que no padecen... ¿Y hace mucho tiempo de eso?...

— Dos días.

— ¿No le habrán traído por aquí?

— Puede ser... el niño ha sido robado en el Luxemburgo, y este es el camino.

— Dos días, repitió la lechera como interrogando sus recuerdos... esperad...

— ¿Sabriais algo?

— ¿Qué edad tenía el niño?

— Cinco años, contestó Roblot con presteza.

— ¿Un niño muy hermoso?...

— ¡Oh! hermoso como un ángel...

— Cabellos rubios... rizados...

— Sí, rubios y rizados, repitió Roblot para quien se abría una luz de esperanza.

— Ojos negros...

— Negros y rasgados... pero ¿sabeis algo?...

— He aquí lo que me ha sucedido, repuso la lechera; ántes de ayer me volvía muy temprano porque había vendido cuanto llevaba... en la montaña de Antony... serían las diez, y ví en el camino á una mujer... jóven... mal vestida... que llevaba un niño dormido en sus brazos... parecía muy cansada y andaba con trabajo... Cuando pasó junto á mí me miró con unos ojos que querían decir: « ¡Oh! ¡cuán feliz sería si pudiese ir en ese carro! » Yo me compadecí y no pude ménos de hablarla: « Mi buena mujer, la dije, parece que estais cansada con ese niño en brazos... »

— ¡Oh! sí, me interrumpió, estoy rendida, pero ¿qué quereis? es preciso seguir adelante porque nos falta mucho que andar y no puedo dejar á este pobre-cito...

— ¿Y adónde vais?

— Á Arpajon.

— Nunca podréis llegar, la dije; vamos, subid aquí conmigo y os llevaré hasta Longjumeau.

— ¡Dios os recompense por vuestra caridad! me contestó.

Yo la ayudé á subir, tomé al niño en mis brazos y le tendí en la paja. Cuando se vió en el carro, parecía que estaba en el paraiso, mil veces me dió las gracias... Tomé un saco de lienzo que estaba á mi lado, y se le puso al niño por almohada; luego con un pañuelo le resguardé del sol, y me dijo:

— Mirad que hermoso es.

— Él es, exclamó Roblot que ya no podía contenerse, ese es mi hijo.

— Escuchadme, repuso la lechera, el niño se desesperó; entónces le tomé en sus rodillas, le dió mil besos, y sacó para él un pastelillo y una botellita donde parecía que llevaba agua azucarada... Cuando el niño terminó su comida, empezó á charlar... me acuerdo que hablaba de su madre...

— ¡Ah! exclamó Roblot abriendo los ojos.

— Entónces la mujer, me parece que la estoy viendo todavía, se puso muy encarnada, y me miró al soslayo... « ¿Quieres mucho á tu mamá?... » le preguntó besándole, pero el niño no respondió... Al cabo de algunos instantes, la dijo:

— ¿Me vas á llevar con mi buen papá?

Al oír estas palabras, Roblot dió un brinco, y exclamó sin reflexionar, que aquel niño podía no ser el suyo:

— Ya lo veis como es él... Mil gracias, añadió dirigiéndose á la lechera; ¿pero dónde habeis dejado á esa ladrona?...

— En el camino de Orleans, contestó la lechera; cuando llegué al sendero que lleva á mi casa, se apeó; me dió las gracias, y se marchó con el niño de la mano.

— No necesito más, dijo Roblot, ya la encontramos.

Y sin más informaciones suplicó á la lechera que fuera á prevenir á su mujer de que se marchaba á viajar hasta encontrar al niño, y subió en el primer carruaje que pasó por el camino...

Llegó á Arpajon, contó su historia, pero nadie supo decirle nada; Roblot desesperado pensaba visitar la ciudad casa por casa, cuando vió la diligencia de Etampes parada en una calle; se dirigió al mayoral, y le preguntó si no había visto pasar en aquellos días á una mujer y un niño de tales y tales señas.

— No, respondió el mayoral, pero ayer en Etampes he visto entrar en el hospicio á una mujer con un niño en los brazos que parecía muy cansada y bien miserable...

Roblot marchó á Etampes, se dirigió al hospicio, y á la primera hermana de caridad que encontró le hizo esta pregunta:

— ¿No ha entrado ayer aquí una mujer con un niño?

— Sí, respondió la hermana; yo misma la recibí. — ¡Ah! estoy salvado, exclamó dando un abrazo á la religiosa que se quedó cortada... ¿Dónde está mi niño?

— ¡Vuestro niño! repitió la hermana; ¿podriais explicarme?...

— Es verdad, dijo Roblot que comprendió que al fin podían tomarle por un loco; es mi nieto que me ha sido robado por una mujer, y que estoy buscando hace tres días... ¿comprendeis ahora?...

La religiosa le llevó hasta la puerta del dormitorio, y le hizo esperar allí, pues la mujer estaba mala, y un instante despues salió con el niño en los brazos, y le llevó á Roblot, que exclamó alborozado:

— Papá mio.

Debemos renunciar á pintar la alegría del pobre soldado... desde el día en que el Emperador le puso la cruz en el campo de batalla no había tenido un momento de felicidad... se llevó su niño con tanta priesa, que á su vez parecía también un ladrón...

— Pero, caballero, exclamó la hermana, necesito saber...

— Dejarme en paz, gritó el soldado echando á correr; su madre llega hoy, y es preciso que le encuentre en casa... Me llamó Roblot, guarda del Luxemburgo en París.

## II.

El robo de un niño, crimen por fortuna muy raro, está previsto por las leyes.

Lucía Sechard, previa la demanda de Roblot, compareció ante el tribunal de Versailles el 17 de agosto de 1831. Los ojos de los espectadores se fijaban alternativamente en ella y en Roblot, que estaba sentado en el banco de los testigos, con el niño sobre sus rodillas. Antes de hallar á su nieto, el soldado se había representado á la ladrona como una pordiosera abominable cuya vista inspiraba horror, y aun despues de su vuelta de Etampes, había pedido justicia con indignacion, diciendo que todos los suplicios del mundo no eran bastantes para castigar á tales criaturas, pero en el tribunal se hallaba un tanto calmado; habían cesado sus tormentos paternales, y en vez de todo aquello sentía en el corazón ese gozo de poseer á su querido hijo, de tenerle encima... Por consiguiente podía ver á la acusada tal como era, y á su vista no experimentaba otro sentimiento que la compasion.

— Sabéis, dijo á su vecino, que es una guapa muchacha.

En efecto, Lucía era hermosa; sus facciones un poco abultadas carecian sin duda de distincion, pero tenían una expresion muy señalada de dulzura, y lo que es más de modestia, lo que sucede á veces cuando el corazón no está corrompido. Iba vestida con decencia; su actitud humilde y triste habría podido atribuirse á su arrepentimiento; pero al ver que arrojaba sin cesar miradas furtivas y tiernas sobre aquel hermoso niño cuya madre se había hecho un instante, parecía como que la costaba trabajo comprender su crimen, y sobre todo que había hallado en él tanta felicidad, que alejaba de su corazón todo arrepentimiento.

A las primeras preguntas del presidente, respondió que tenía veinte años y que había nacido en la aldea de Vouneuil, cerca de Poitiers.

Cuando la preguntaron cuál era su profesion, se sonrojó y guardó silencio, pero como el presidente insistiera, contestó:

— ¡Ay! señores, soy una desdichada, compadeceos de mí; y echó á llorar.

Por lo demás no negó el hecho de que la acusaban.

Roblot fué llamado á declarar y contó lo que ya sabemos con todos sus pormenores.

— ¿No han hecho ningun daño á vuestro niño? preguntó el presidente.

— Ninguno, respondió Roblot.

— ¡Hacerle daño! exclamó Lucía, ¡ah! muy al contrario, yo tuve buen cuidado de este angelito.

— Es cierto, es cierto, dijo Roblot; ya se me pasó mi enfado; me habeis hecho padecer mucho, pero ahora se acabó... tengo á mi niño y lo olvido todo.

Un cirujano del hospital de la Maternidad declaró que Lucía Sechard había dado á luz en la casa el 13 de junio por la noche, la antevíspera del robo, un niño muerto.

— Señores, añadió, no podría pintaros la desespera-

cion de esta pobre muchacha cuando la dijeron que su niño estaba muerto... Al principio no quiso creerlo... « ¡No, decía, no es verdad... mi hijo no está muerto, le oigo llorar... quiero verle, que me lo traigan; es una infamia que me quiten mi niño!... » Al ver que se le llevaban se lanzó de su lecho, arrancó el cadáver de manos de la hermana de caridad, y le acercó á su seno diciendo: « Toma, hijo mio, toma, pobrecito, aquí tienes el seno de tu madre. » Al fin hubo que quitárselo... entónces lanzaba gritos desgarradores... pegaba con la cabeza contra la pared... mucho hubo que trabajar para impedir que atentara á sus dias... Yo al marcharme encargué que tuvieran con ella mucho cuidado, pero dos dias despues supe que había desaparecido.

— ¿Pensais, dijo el presidente al testigo, que el mal parto de esta jóven y la pérdida de su hijo hayan podido influir algo en el crimen de que se le acusa?

— No lo dudo, señor presidente, durante muchos dias ha debido hallarse en un estado de dolor exaltado que ha podido llegar hasta el extravío.

El cirujano se fué á sentar cerca de Roblot, y le dijo:

— Hay más, esta infeliz en quien se halla tan desarrollado el instinto de la maternidad, nunca será madre; los hijos que pueda tener perderán la vida al nacer; no he querido decirlo, pero es una observacion que hice al asistirla.

— Y habeis hecho bien, contestó Roblot; ¡pobre desdichada!

Durante la declaracion del cirujano, la acusada no había cesado de llorar; en cuanto su emocion se calmó, el presidente la dirigió la palabra:

— Lucía Sechard, la dijo, declaradnos lo que habeis hecho al salir del hospital, y como habeis cometido el crimen de que se os acusa.

— Señores, como ya os he dicho, soy una desgraciada, una mujer perdida, y no merezco más que vuestro desprecio, pero si os dignais oirme, quizá os interesaréis algo por mí...

— Hablad, interrumpió el presidente.

Lucía continuó:

— Mi suerte habría podido ser mejor de lo que es... soy de una buena familia, toda de gentes honradas. Mi padre era maestro de escuela en Vouneuil, cerca de Poitiers... Me educó lo mejor que pudo, me dió buenos principios y me enseñó la religion... Desgraciadamente le perdí bien luego... Yo tenía quince años, mi madre había muerto hacia tiempo, de modo que me quedé huérfana con una hermana más pequeña que yo... á mí me tocaba cuidarla y educarla... mi trabajo bastaba para nosotras dos... trataba de enseñarla lo poco que yo sabia... pero la pobrecita era de una salud muy delicada, y más de una noche pasé en vela á la cabecera de la cama que teníamos para las dos... Sin embargo, yo nunca me quejaba de esto, pues quería mucho á mi hermana... siempre he querido mucho á las criaturas... Cuando tenía yo que ir á trabajar en las casas, la dejaba á una buena vecina en quien tenía toda mi confianza... el domingo la sacaba al campo á dar un paseo, y todo el mundo en la aldea al verme con mi hermanita de la mano me llamaba su madre... pero ¡ay de mí! al cabo de un año de penas, mi hermana falleció en mis brazos... Entónces me encontré sola, sola en el mundo, sin parientes, sin apoyo... Cuando cumplí los diez y ocho años, veía á mis amigas que se casaban, y me decía: No habrá un hombre bueno y compasivo que quiera casarse con una pobre jóven como yo... sería una caridad que yo le pagaría con un cariño infinito... Un hombre hubo... pero para engañarme y nada más... ¿Cómo habría podido defenderme... pobre huérfana como estaba, sin consejos, sin amigos?... En cuanto la falta estuvo cometida se supo por todas partes... no sé cómo... quizá aquel malvado lo divulgó... Entónces me señalaban con el dedo en la aldea... nadie quería darme trabajo... y tuve que huir del pueblo. La primera falta me condujo á la miseria... y la miseria á la degradacion... ¡Oh! ¡cuánto he padecido!

La jóven hizo una pausa dolorosa, y continuó diciendo:

— Cuando sentí que estaba en cinta me creí salvada... parecióme que Dios me tendía la mano, y me enviaba en mi hijo un ángel en señal de perdon... sentía en mi corazón una alegría tan grande porque iba á tener un hijo... ¡Oh! cuando una mujer es madre, por abyecta que sea su condicion, es siempre una madre... nadie la puede arrebatarse ese gozo... en fin, ¿qué os diré, señores? estaba loca de contento... Durante mi embarazo, llevaba una vida tan retirada que se burlaban de mí, pero esto no me importaba... ya me eran indiferentes los teatros, los bailes, las diversiones que nosotras buscamos con ansia para aturdirnos y olvidar nuestras miserias... todo mi placer se reducía á pensar en mi hijo... pero ¡ay de mí!... Dios me reservaba esa alegría para rescate de una vida vergonzosa... ¡Oh! cuando me dijeron que mi hijo estaba muerto... me creí loca... Eché á correr sin saber donde iba... no podría decirlo lo que he hecho... solo sé que al pasar por delante de la verja del Luxemburgo ví á esa bonita criatura... (y mostraba á Eugenio) y me quedé prendada de él, pero con un amor de corazón, con toda mi alma... Le miraba... y él me tendió su manita sonriendo... En aquel momento, lo confieso, no pensé en su madre... prueba de que estaba loca... y luego nadie piensa más que en sí, cuando se padece, y yo padecía tanto... Sin embargo, Dios sabe que en mi vida he hecho daño á nadie... Compadeceos de mí, señores...

Y se sentó llorando.

— ¡Qué diablo! exclamó Roblot conmovido como todo el mundo, y enjugando una lágrima, no me esperaba eso... ¡qué corazón tiene esa muchacha!...

Lucía Sechard fué absuelta por los jueces.

Despues del fallo del tribunal, dió gracias al presidente y á los jurados, y al bajar del banquillo de los acusados pasó junto á Roblot que tenía al niño de la mano...

— ¿Con qué ya estais libre? la dijo el soldado; me alegró en el alma.

— Perdonadme el mal que os he hecho.

— ¡Ah! ya no me acuerdo de eso.

Y luego, como notara que miraba aun al niño con ojos cariñosos, añadió:

— Vamos, veo que tendriais ganas de...

Lucía se sonrió.

— Besadle.

— Mil gracias, caballero, dijo juntando las manos, como si la hubieran hecho una limosna, y despues se arrojó sobre el niño, le tomó en sus brazos y le besó tiernamente.

## III.

En 1832, cuando el cólera se declaró en París, la hija de Roblot fué una de sus primeras víctimas. Además su mujer sucumbió pocos dias despues, y el pobre viejo soportó valerosamente las pérdidas que acababa de experimentar.

Roblot quería vivir, no por él, pues su vida estaba acabada ya, sino por el tierno niño que ya no tenía madre y que á su muerte se quedaría huérfano... La pena fué superior á sus buenos ánimos; cayó enfermo, y el mal tomó desde el principio un carácter grave; bien luego estuvo en peligro y lo conoció... Entónces la idea de que su pobre niño se iba á quedar sin apoyo le atormentaba sin cesar... ¿Qué sería de aquella criatura?... decía; ¿quién había de cuidarle y educarle?... Escribió á uno de sus hermanos que era alguacil en provincia, y á quien él llamaba su hermano el ricacho, pintándole su situacion, y suplicándole que se encargara del niño en el caso de que él llegara á morir; pero su hermano contestó que tenía ya una familia muy numerosa, y que sus medios no le permitian aumentar los gastos de su casa. Roblot dió al diablo el egoísmo de su hermano, y pensó entónces en una hermana de su mujer que habitaba en Soissons, y que pasaba por muy caritativa... escribió, pero le respondieron que su hermana política había muerto hacia poco...

El soldado cayó en la desesperacion mas profunda.

— ¡Dios mio, Dios mio! se decía, y miraba con ojos compasivos al pobre niño que pronto abandonaría, pues el mal hacia rápidos progresos.

Una mañana, uno de sus compañeros, guarda también del Luxemburgo, entró en su casa á ver cómo estaba:

— ¿Qué tal vamos? le preguntó acercándose á la cama... ¿la noche ha sido buena?

— Muy buena, respondió Roblot, y no porque haya dormido, sino porque he reflexionado mucho... muchísimo... en cuanto á la salud, estoy perfectamente...

Y su cutis amarillento, sus mejillas hundidas, sus labios rojos por el arder de la calentura, desmentian sus palabras.

— Y estoy tan bueno, mi querido Dubois, me siento tan rejuvenecido... que voy á casarme.

— ¡Casarte! repitió el otro que pensaba que su amigo deliraba.

— Sí, voy á casarme.

— ¿Pero cómo es eso?

— Me voy á casar nada menos que con una jovencita.

— ¡Con una jóven!...

— Y muy hermosa, á fe mia.

— ¡Ja, ja, ja!... y probablemente está enamorada de tí como una loca.

— No... me ama como á un amigo... es todo cuanto yo quiero.

— ¡Ah! ¿te contentas con eso?

— Sí por cierto.

— No eres melindroso... pero vamos... ¿está ya señalado el día de la boda?

— Todavía no, mas pronto se verificará, porque el caso es urgente... Vamos, el martes á mediodía... ¿te conviene? ¿Tú y Brunel seréis mis padrinos?

— Está muy bien.

— Ahora te suplicaré que me hagas un favor, y es el llevar estas tres cartas que están aquí adonde dice el sobre... una á la alcaldía de nuestro barrio... otra al señor cura de la parroquia... y otra á la señorita Lucía Sechard, calle de San Víctor, nº 63... y ahora mismo si puedes.

Al cabo de pocas horas volvió despues de haber desempeñado su encargo.

— ¿Qué hay? le preguntó Roblot.

— En la alcaldía y en la iglesia me han dicho que eso bastaba.

— Está bien!

— En cuanto á la novia... la he hallado trabajando en su cuartito... parecía alegre y triste al mismo tiempo... ¡Dios mio! decía; ¿es verdad lo que me pasa?... ¿Se ha acordado de mí?... ¡pobre hombre!... y está enfermo... irá, irá en seguida... y se puso el pañuelo... dentro de un instante la veréis llegar... Pero dime, ¿de veras es tu futura?...

— Puede ser muy bien.

— Tenias razon, es una guapa muchacha, á fe mia... pero mira que ya eres viejo... ten cuidado.

— Nada temas, amigo mio...  
 — Es que una jóven así...  
 — Muchas gracias, mi querido Dubois, pero te repito que nada temas... Ahora te suplico que me dejes, ya que va a llegar Lucia... Puedes figurarte que tendrémos bastante que hablar... Así pues, cuento contigo y con Brunel, el mártir a las doce.  
 — No faltarémos.  
 Dubois salió cuando entraba Lucia.

El día indicado por Roblot su cuarto tenia un aspecto singular, brillaba con esa limpieza minuciosa que es el lujo de la pobreza. La chimenea estaba cubierta de flores sin perfumes, pero frescas y de vivos colores. En una mesa estaban colocados el uniforme del ex-dragon con la cruz de la Legion de Honor, su sombrero y su espada... él tambien se habia aliñado un poco: su gorro de enfermo habia desaparecido, y dejaba ver sus canas bien peinadas. Eugenio jugaba sobre su cama... Se habria podido decir que estaba en esos dias de convalecencia, en que el enfermo parece festejar la vida, como se festeja la vuelta de un amigo despues de una larga ausencia... pero su rostro decia la verdad; era el rostro de un moribundo. Además algunos ornatos de iglesia que allí se veian, el paño de seda que extienden sobre la cabeza de los esposos y una copa de oro con los santos oleos, indicaban la celebracion reciente del matrimonio de los últimos momentos, esa triste ceremonia en que la Iglesia consagra un lazo que la muerte romperá en breve...

Lucia Sechard, con su traje de novia, estaba arrodillada junto a la cama.

Despues que el sacerdote hubo echado a bendicion a los esposos, Roblot se volvió pensosamente hacia Lucia, cuya mano tenia entre las suyas, y la dijo con voz apagada:

— Lucia, he pensado en tí cuando me ví próximo al sepulcro, porque creo que eres una buena muchacha, y porque solo á tí he juzgado capaz de reemplazarme al lado de mi hijo... Ya lo ves, no he conservado de lo pasado mas que el recuerdo de tu buen corazon... ahora eres la mujer y vas á ser la viuda de un soldado cuya vida ha estado limpia de toda mancha... no lo olvidés... tambien eres la madre de este niño... con la pensión de mi cruz y algunos cuartos que os dejen, podréis vivir trabajando... vivirás como una mujer honrada... ¿no es verdad?... para honrar mi memoria y dar un buen ejemplo á tu hijo... ¿lo prometes?...  
 — Sí, sí, lo juro, respondió Lucia llorando.  
 — ¡Adios!... ahora puedo morir... ¡adios!

Pocos instantes despues Lucia cerró los ojos del anciano...

Cuando cumplió con este último deber, tomó al niño en sus brazos, y le cubrió de besos y de lágrimas... Triste con el espectáculo que tenia delante de los ojos y con la pérdida de aquel hombre que acababa de elevarla hasta él... pero contenta en el fondo de su corazon, por las alegrías que la esperaban, pues ya era madre.

R. P.

**Panorama de Sebastopol.**

VISTA TOMADA POR EL LADO DEL ATAQUE.

Acabamos de recibir de M. Durand Brager una serie de diez y seis dibujos trazados en el teatro de la guerra que no han podido ser grabados para este número, pero que iremos publicando en nuestro próximo número. He aquí la correspondencia que acompaña á la vista de Sebastopol que figura en medio de estas líneas, con otros pormenores:

«Envio á Vds, dice, una vista de Sebastopol hecha con un cuidado particular, dibujada casa por casa; esta vista, la única que se ha sacado del sitio en que es-

» El palacio de Menschikoff con su hilera de columnas, el teatro, la iglesia de San Wladimir, Santa Sofia, el interior del fuerte que defiende el arsenal, y cuyas casamatas se ven aun dentro del recinto, por último la ciudad en su parte mas curiosa que está por el lado del ataque, todo se descubre en mi dibujo. Esta lámina es una fotografia al lápiz.

» Principian á llegar á Eupatoria las tropas turcas; esta semana iré por allí á dar una vuelta, y me prometo poder enviar á Vds. algunos dibujos interesantes sobre esa parte.»

Las operaciones militares vuelven á emprenderse con mas ardor con la llegada de los refuerzos. A la inactividad que existia hace un mes, sucede un vigor que

causan daño alguno, aunque las bombas menudean como granizo; las trincheras están dispuestas de tal manera, que los proyectiles no alcanzan á nuestros trabajadores empleados en la reparacion de las trincheras. Anoche mismo, desde la bahia, veiamos los cohetes á la congreve y las bombas que recorrian su trayectoria con un círculo de fuego, en tanto que brillaban los relámpagos del cañon: era un espectáculo hermoso al par que triste.

Cuando se rompa el fuego de las nuevas baterías contra la plaza, no contaremos con menos de setenta u ochenta cañones servidos por los marinos, y dirigidos por oficiales de marina, los cuales se han granjeado ya una brillante reputacion desde que empezó el sitio.

alzó, y yo oí distintamente la palabra de loquirubio, pronunciada á media voz.

El general se volvió hácia mí, y me dijo sonriéndose.  
 — Señor abanderado, los primeros votos en los consejos de guerra se dan por lo comun en favor de las medidas ofensivas. Ahora vamos á continuar oyendo pareceres. ¿Señor consejero de colegio, que opina Vd.?  
 El viejecillo de la casaca de seda se apresuró á concluir su tercera taza de té, que habia rociado con una buena dosis de ron.

— Yo creo, Excelentísimo Señor, dijo, que no es necesario obrar ni ofensiva ni defensivamente.

— Vuestra Excelencia debe de obrar *subornativamente*.

mos tambien medidas y precauciones militares. Señores, voten Vds. en el órden conveniente, exigido por la ley.

Todos los pareceres fueron contrarios al mio. Los asistentes hablaron á porfia de la poca confianza que inspiraban las tropas, de la incertidumbre del éxito, de la necesidad de la prudencia y de cosas por el estilo. Todos eran de opinion de que valia mas permanecer y aguardar detrás de una muralla de piedra, bajo la proteccion del cañon, que tentar la suerte de las armas en campo raso. En fin, cuando todos hubieron dado su dictámen, el general sacudió la ceniza de su pipa, y pronunció el discurso siguiente:

«Señores, debo declararos que por mi parte soy de la opinion del señor abanderado, por hallarse fundada en los preceptos de la sana táctica, que prefiere siempre los movimientos ofensivos á los movimientos defensivos.»

Se paró un instante, y rellenó su pipa. Mi amor propio triunfaba. Eché una ojeada orgullosa á los empleados civiles, que cuchicheaban con aire inquieto y descontento.

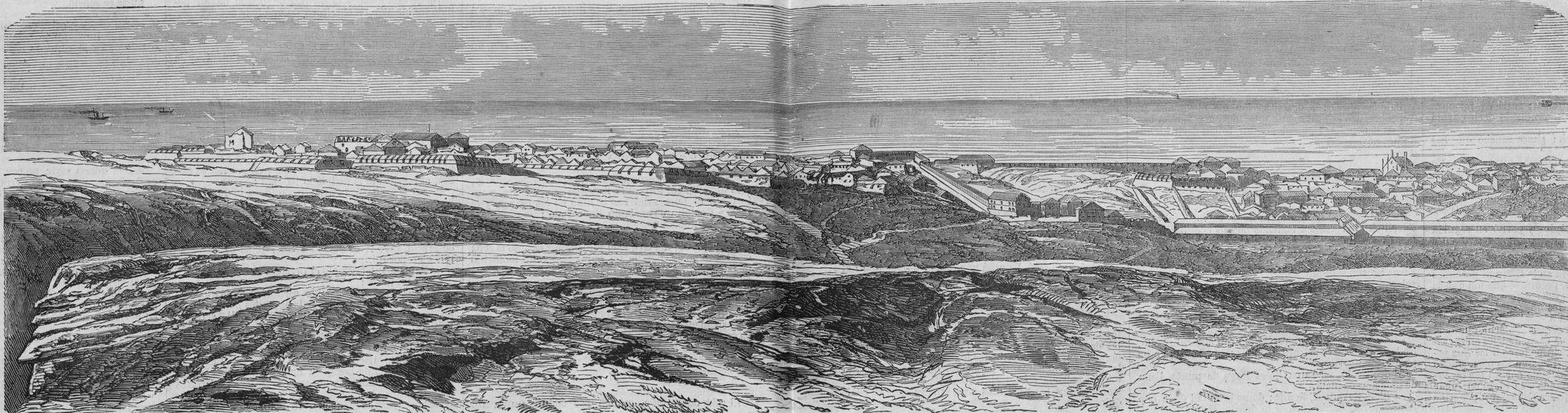
«Pero, señores, continuó el general dando una buena chupada y soltando una bocanada de humo, no me atrevo á cargar con tan grave responsabilidad, cuando se trata de las provincias confiadas á mi cuidado por Su Magestad imperial, mi graciosa soberana. Por esta razon me veo obligado á adoptar el partido propuesto por la mayoría, que ha decidido que la prudencia exige que guardemos dentro de la ciudad el sitio que nos amenaza, y que rechacemos el ataque del enemigo con la artillería, y si es posible con algunas salidas vigorosas y bien dirigidas.»

La ocasion se presentó á los empleados civiles, y no la desperdiciaron, de mirarme con aire burlon.

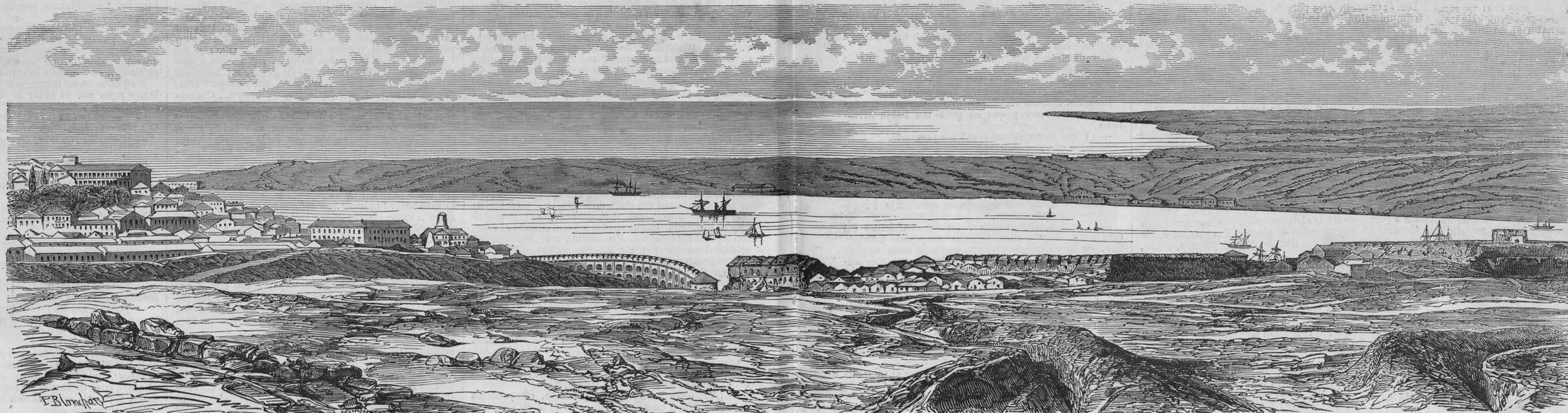
Disolvióse el consejo. No pude prescindir de deplorar la debilidad del respetable soldado que, contra su propia conviccion, se habia decidido á adoptar el dictámen de gentes ignorantes é inexpertas.

Muchos dias despues de este famoso consejo de guerra, Pugatcheff, fiel á su promesa, se acercó á Oremburgo. Desde encima de las murallas de la plaza, observé el ejército de los rebeldes. Me pareció que su número habia crecido extraordinariamente desde el último asalto que habia presenciado. Tambien habian recogido artillería en las fortalezas conquistadas por ellos. Recordando la resolucion del consejo, comprendí que nos sobrevenia una larga cautividad dentro de los muros de la ciudad de Oremburgo, y estaba dispuesto á llorar de despecho.

Léjos está de mi ánimo el describir el sitio de Oremburgo, que pertenece á la historia y no á memorias de familia. Diré pues en pocas palabras que á consecuencia de las malas disposiciones de la autoridad, este sitio fué desastroso para los habitantes, que se vieron acosados por el hambre y todo linaje de privaciones. La vida en Oremburgo iba siendo insostenible; cada uno esperaba con ansiedad el fallo del destino. Todos se lamentaban de la escasez de viveres, que era horrorosa. Los habitantes concluyeron por habituarse al hombr



Vista panorámica de Sebastopol, tomada de los trabajos ingleses. — Parte izquierda.



Vista panorámica de Sebastopol. — Parte derecha.

toy desde el cual abrazo todo el panorama de la ciudad y de las fortificaciones, interesará seguramente al lector si está bien grabada; se puede ejecutar en dos láminas, una superior y otra inferior, pues será fácil suponer que se siguen en un solo plano.  
 » La vista está tomada de las trincheras inglesas frente de la torre Malakoff. — Se ve toda la ciudad separada por un barranco de la meseta en donde están las obras inglesas; además de las fortificaciones que atacamos en este momento se ven las que existen detrás mas allá del barranco que separa la ciudad del arrabal á cuyo frente han establecido sus baterías.

recuerda el principio del sitio.  
 Esta reaccion ha sido motivada por los considerables refuerzos que llegan de una y otra parte, y ahora, mas que nunca, se habla del asalto. A bordo están ocupados en construir escalas de madera y de cuerda para escalar las casas, pues las calles están cortadas por enormes barricadas de fábrica, armadas con piezas de grueso calibre. Menschikoff con sus 30,000 hombres ha abandonado sus posiciones de Balaklava, y se ha retirado hácia el Balbek, pequeño rio al Norte de la ciudad.  
 Todas las noches, los rusos de Sebastopol hacen sobre nuestras trincheras un fuego nutrido, pero no

**LA HIJA DEL CAPITAN.**

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUGHKINE.  
 (Continuacion.)

Me levanté, y despues de haber descrito en breves palabras á Pugatcheff y su tropa, afirmé que el usurpador no estaba en disposicion de resistir á fuerzas disciplinadas.

Mi opinion fué recibida por los empleados civiles con visible descontento. Veian en ella el impertinente atolondramiento de un jóven inexperto. Un murmullo se

— ¡Bien! ¡bien! su opinion de Vd. es muy juiciosa; las acciones subornativas están admitidas tambien en la táctica, y nos aprovecharémos de vuestro consejo. Se podria ofrecer por la cabeza de ese bribon setenta y aun cien rublos, que se pagarian de las cantidades destinadas á gastos secretos.

— Y entonces, interrumpió el director de aduanas, que yo sea un carnero padre Kirghise, en lugar de ser un consejero de colegio, si esos ladrones no nos entregan su *ataman* atado de piés y manos.

— Reflexionarémos y hablarémos, repuso el general. Entretanto, y para todo evento, es menester que tome-

deo. Los mismos asaltos de Pugatcheff no excitaban ya grande emoción. Yo me moría de fastidio. El tiempo trascurría lentamente. No podía recibir ninguna carta de Belogorsk, porque todo camino estaba interceptado, y no podía sufrir el estar separado de María. Mi único pasatiempo consistía en dar paseos militares.

Gracias á Pugatcheff tenía un caballo regular, con el que compartía mi pequeña ración. Todos los días salía fuera de murallas, y me iba á tirotear con las avanzadas de Pugatcheff. En estas escaramuzas, los rebeldes, que tenían víveres y pastos abundantes, solían por lo común salir con ventaja. Nuestra extenuada caballería no podía hacerles frente. Algunas veces salía al campo nuestra hambrecida infantería, pero la profundidad de la nieve le impedía el maniobrar contra la caballería ligera del enemigo. La artillería hacía sus disparos desde las fortificaciones, pero en la llanura no podía avanzar por la flaqueza de los caballos. Tal era el modo como hacíamos la guerra, y á esto llamaban los empleados de Oremburgo prudencia y prevision.

Un día que habíamos logrado disipar y rechazar á una partida bastante numerosa, alcancé á un cosaco, que se había quedado atrás, y me disponía á descargarle un golpe con mi sable turco, cuando se quitó el gorro y exclamó:

— Buenos días, Pedro Andreitch; ¿está Vd. bueno? Conoció á nuestro uríadnik. No puedo decir cuanta alegría me causó el verlo.

— Buenos días, Maximitch; ¿hace mucho que has dejado á Belogorsk?

— No, mi padrecito Pedro Andreitch; ayer he vuelto de aquella fortaleza. Tengo una carta para Vd., señor.

— ¿Dónde está? exclamé lleno de regocijo.

— Aquí, respondió Maximitch, metiéndose la mano en el pecho. Prometí á Palachka el procurar entregársela.

Me presentó un papel doblado, y partió en seguida al galope. Lo abrí y leí con agitación las siguientes líneas:

« Dios ha querido privarme de repente de mi padre y de mi madre. No me quedan en la tierra ni parientes ni protectores. Recorro á Vd. porque sé que me habeis querido siempre, y porque estais dispuesto en todas ocasiones á prestar auxilio á los que sufren. Ruego á Dios que haga llegar esta carta á vuestras manos, Maximitch me ha prometido entregársela. Palachka ha oído tambien decir á Maximitch que os ve de lejos en las salidas, y que os cuidais poco, sin pensar en los que piden á Dios por vos con las lágrimas en los ojos. Mucho tiempo he estado enferma, y cuando por fin me he curado, Alexei Ivanitch, que manda esta plaza en lugar de mi padre, ha obligado al padre Garasim á ponerme entre sus manos, amenazándolo con Pugatcheff. Vivo en nuestra casa con guardia suya. Alexei Ivanitch me fuerza á que me case con él. Dice que me ha salvado la vida, no desmintiendo á Akulina Pamphilovna, cuando me hizo pasar por su sobrina; pero mas fácil me sería morir que ser mujer de un hombre semejante. Me trata con mucha crueldad y me amenaza, si no cambio de opinion, si no acepto sus proposiciones, con llevarme al campamento del bandido, donde sufriria la suerte de Isabel Kharloff (1). He pedido á Alexei Ivanitch, que me diera algun tiempo para reflexionar. Me ha concedido tres días, y si al cabo de este plazo, no consiento en ser su esposa, no podrá esperar ninguna contemplacion por parte suya. O padre mio Pedro Andreitch, Vd. es mi único protector, defended á esta pobre criatura. Suplicad al general y á todos vuestros jefes que nos envíen fuerzas que nos auxilién tan pronto como sea posible, y venid vos mismo con ellas si podeis. Vuestra sumisa huérfana.

MARÍA MIRONOFF.

Poco le faltó para perder el juicio con la lectura de esta carta. Me dirigí presuroso á la ciudad, espoleando sin piedad á mi pobre caballo. Durante su carrera, rodaron por mi cabeza mil proyectos para rescatar á la pobre jóven, sin poder fijarme en ninguno. Cuando entré dentro de murallas, fui en derechura en casa del general, y entré corriendo en su cuarto.

Estaba paseándose arriba y abajo fumando su pipa. Al verme se paró; sin duda le chocó mi aspecto, porque me interrogó con cierta ansiedad acerca de mi súbita aparición y de mi brusca entrada.

— Acudo á Vuestra Excelencia, le dije, como si acudiera á mi mismo padre. No desoigais mi pretension, porque en ella va envuelta la felicidad de toda mi vida.

— ¿Qué ocurre, padre? ¿Qué puedo hacer por tí? Habla.

— Permítame Vuestra Excelencia que tome un batallón de soldados y cincuenta cosacos para ir á limpiar de bandidos la fortaleza de Belogorsk.

El general me miró con fijeza, creyendo que debía haber perdido la cabeza, y á fe que no se equivocaba mucho.

— ¿Cómo, cómo? ¿limpiar la fortaleza de Belogorsk! dijo por fin.

— Respondo le ello, repuse con calor; déjeme Vd. salir.

— No, jóven, dijo meneando la cabeza. En una distancia tan considerable, el enemigo os cortaría fácilmente toda comunicacion con el principal punto estratégico, lo cual le permitiría alcanzar una victoria completa y decisiva. Una comunicacion interceptada, ve Vd...

(1) Hija de otro comandante de fortaleza, á quien mató Pugatcheff, despues de haberla violado.

Me asustó el verlo engolfado en aquellas disertaciones, y lo interrumpí.

— La hija del capitán Mironoff, le dije, acaba de escribirme una carta, pidiéndome socorro. Alexei Ivanitch la obliga á que sea su esposa.

— ¡De veras! ¡Oh! Alexei Ivanitch es un malvado. Si lo llevo á coger, lo hago juzgar en veinticuatro horas, y lo fusilarémos en el glásis de la fortaleza. Pero entretanto ten paciencia.

— ¡Tener paciencia! exclamé fuera de mí. Pero Alexei forzará á María.

— ¡Oh! respondió el general. No sería además ese un gran mal para ella. Mas le convendría ser mujer de Alexei, que puede ahora protegerla. Y cuando lo hayamos fusilado, los prometidos se volverán á ver con la ayuda de Dios. Las viudas jóvenes y bonitas hallan pronto segundo marido.

— Mas quisiera morir, que verla en poder de Alexei.

— ¡Ah, bah! dijo el anciano, comprendo: tú eres probablemente el amante de María Ivanovna. Eso es diferente. ¡Pobre muchacho! Pero no obstante, no puedo darte un batallón y cincuenta cosacos. Esta expedicion no es racional, y no puedo cargar con esa responsabilidad.

Bajé la cabeza: la desesperacion me abrumaba. De repente cruzó por mi mente una idea, que verá el lector en el capítulo siguiente, segun solian decir los antiguos novelistas.

## XI.

### EL CAMPAMENTO DE LOS REBELDES.

Dejé al general y me apresuré á volver á mi casa. Savelitch me recibió dirigiéndome sus acostumbradas observaciones.

— ¿Qué placer tienes, señor, en pelear contra bandidos borrachos? ¿Es eso digno de un boyardo? Las horas no son siempre felices, y al fin te harás matar miserablemente. ¡Al cabo, si hicieras la guerra á los turcos ó á los suecos! Pero da vergüenza decir á quien se la haces.

Interrumpí su discurso:

— ¿Qué dinero tengo?

— Bastante tienes, me respondió con aire satisfecho. No les ha valido registrarlos todo á esos bribones, yo he podido engañarlos.

Al decir esto, sacó una bolsa larga de punto, llena de monedas de plata.

— Bien, Savelitch, le dije; dame la mitad de lo que tienes ahí, y guarda para tí lo demás. Me marchó á la fortaleza de Belogorsk.

— ¡Oh padre mio Pedro Andreitch! dijo mi buen menino con voz trémula, ¿no temes por ventura á Dios? ¿Cómo quieres ponerte en camino ahora que las comunicaciones están interceptadas por los bandidos? Por lo ménos ten compasion de tus padres, si no la tienes de tí mismo. ¿Adónde quieres ir? ¿A qué? Aguarda un poco. Las tropas vendrán á coger prisioneros á todos los facinerosos. Entónces podrás viajar por todos lados y en todas direcciones.

Pero mi resolucion era inalterable.

— Es ya tarde para reflexionar, dije al anciano; debo partir, no puedo dejar de partir. No te incomodes, Savelitch, Dios está lleno de misericordia; nosotros nos veremos quizá otra vez. Te recomiendo que no tengas reparo en gastar mi dinero; no seas avaro; compra todo lo que necesites, aunque te veas obligado á pagar tres veces el valor de las cosas. Te regalo ese dinero, si no vuelvo aquí dentro de tres días...

— ¿Qué estás diciendo? interrumpió Savelitch, ¿que yo te deje ir solo, señor! Ni siquiera pienses en rogármelo. Si acaso has resuelto partir, iré contigo, aunque sea á pié; pero no te abandonaré. ¡Que me quede sin tí detrás de una muralla de piedra! Era menester que yo perdiera el juicio. Haz lo que te parezca, señor, pero no me separe de tí.

Conocia yo perfectamente que no habia medio de disputar con Savelitch, y le permití que se preparara para la partida. Al cabo de media hora, monté á mi caballo y Savelitch en un rocinante flaco y cojo, que un habitante de la ciudad le habia dado de valde, por no poder mantenerlo. Salimos fuera de puertas, sin que les centinelas nos pusieran obstáculo.

Comenzaba á anochecer.

El camino que debía seguir pasaba por delante del pueblecillo de Berd, ocupado por Pugatcheff. Estaba esta vía cubierta de nieve y obstruida; pero á través de la estepa se veían marcadas las herraduras de los caballos. Yo iba al trote. Savelitch venia detrás con mucho trabajo, y me gritaba á cada paso:

— ¡No tan de prisa, señor, en el nombre del cielo, no tan de prisa! Mi maldita cabalgadura no puede alcanzar vuestro zanquilaro caballo. ¿Porqué corres de esa suerte? ¿Vamos por ventura á un festín? Mas bien vamos á meternos entre el yunque y el martillo. Pedro Andreitch, padre mio Pedro Andreitch, ¡oh Dios y Señor! este hijo de un boyardo morirá inútilmente.

Pronto vimos brillar los fuegos de Berd. Nos acercamos á los barrancos profundos que servian de defensa natural al pueblo. Sin haberse por último quedado atrás, Savelitch no interrumpe sus lastimeras súplicas. Esperaba pasar con felicidad por delante de la plaza enemiga, cuando de repente aperebí cinco paisanos armados de garrotes. Era una avanzada del campamento de Pugatcheff. ¡Nos echaron el quien vive! No sabiendo qué contestar, quise pasar sin decir nada; pero al punto me cercaron y uno de ellos cogió las riendas de mi caballo. Saqué el sable y herí al paisano en la cabeza. Su gorra le salvó la vida; sin embargo vaciló y soltó la brida. Los otros se aterraron y se fueron. Aprovechándome de su miedo piqué espuela y partí al galope.

La oscuridad de la noche hubiera podido evitarme todo tropiezo, pero mirando atrás ví que Savelitch habia desaparecido. El pobre viejo se vió envuelto por los bandidos, y no pudo escapar con su caballo cojo. ¿Qué debía hacer yo? despues de aguardar un rato, y seguro de que lo habian arrestado, volví mi caballo para ir á socorrerlo.

Al acercarme al barranco oí de lejos gritos confusos y la voz de mi Savelitch. Apresurando el paso, me encontré muy pronto cerca de los paisanos de la avanzada que me habia detenido algunos minutos ántes. Savelitch estaba en medio de ellos. Habia hecho apear al buen viejo y se preparaban para atarlo. Mi presencia los llenó de júbilo. Se abalanzaron hácia mí dando voces, y en un instante me pusieron en el suelo. Uno de ellos, jefe, á lo que parecia, me manifestó que nos iban á conducir á la presencia del czar. « Y nuestro padre ordenará, añadió él, si se debe ahorcaros en seguida, ó si se ha de esperar la luz del día. » No hice ninguna resistencia, Savelitch imitó mi ejemplo, y los centinelas nos llevaron en triunfo.

Cruzamos el barranco para entrar en la poblacion. Las casas de los paisanos estaban iluminadas, por todas partes se oían gritos y se veía mucho movimiento. Habia mucha gente en las calles, pero nadie hizo caso de nosotros ni conoció que yo era un oficial de Oremburgo. Nos llevaron á una *isba* que hacia el ángulo de dos calles. Cerca de la puerta habia algunos toneles de vino y dos piezas de artillería.

« Hé aquí el palacio, dijo uno de los paisanos, vamos á anunciaros. » Entró en el *isba*. Yo eché una ojeada á Savelitch: el viejo se santiguaba y murmuraba algunas oraciones. Aguardamos mucho tiempo.

Por fin el paisano volvió á aparecer y me dijo:

« Vén, nuestro padre ha mandado entrar al oficial. » Penetré en el *isba* en el palacio, como lo llamaba mi introductor. Estaba alumbrada la estancia por dos velas de sebo, y las paredes estaban cubiertas de papel dorado. Por lo demás, todos los muebles, los bancos, la mesa, el aguamanil pendiente de una cuerda, la tohalla colgada en un clavo, la pala del horno en un rincón, todos los utensilios eran iguales á los de cualquiera *isba*.

Pugatcheff estaba sentado debajo de las santas imágenes, vestido con un caftán encarnado y su gorro muy alto. Al rededor suyo estaban muchos de sus caudillos principales con una expresion forzada de obediencia sumisa y de respeto. Se veía que la noticia de la llegada de un oficial de Oremburgo habia despertado la curiosidad de aquellos rebeldes, y que estaban preparados á recibirme con pompa.

Pugatcheff me reconoció apénas entré. Su fingida gravedad desapareció al momento.

« ¡Ah! ¿es vuestra señoría? me dijo con vivacidad. ¿Cómo estás? ¿Para qué te trae Dios aquí? »

Respondí que me habia puesto en camino para negocios particulares y que su gente me habia arrestado.

— ¿Y qué negocios son esos? me preguntó. No sabia que responderle.

Imaginándose Pugatcheff que no queria explicarme delante de testigos, hizo un signo á sus camaradas para que se retiraran. Todos obedecieron ménos dos, que no se movieron de su sitio.

« Habla francamente delante de estos, dijo Pugatcheff, no les ocultes nada. »

Eché una ojeada oblicua á los dos confidentes del usurpador. Uno de ellos, viejecillo encorvado y raquítico, de barba canosa y clara, no tenia nada notable excepto una ancha cinta azul que llevaba sobre su caftán de paño gris ordinario. Pero jamás olvidaré á su camarada. Su estatura era elevada, ancho de espaldas, y al parecer de unos cuarenta y cinco años. Una barba roja muy poblada, ojos pardos penetrantes, sin narices, y las marcas de hierro hechas á fuego en la frente y en las mejillas daban á su rostro, señalado fuertemente por la viruela, una extraña é indefinible expresion. Llevaba una camisa encarnada, un túnica kirghise, y anchos pantalones cosacos.

El primero, segun lo supe mas tarde, era el cabo desertor Beloborodoff. El otro, Atanasio Sokoloff, llamado por apodo Klopucha (1), era un criminal condenado á las minas de la Siberia, de donde se habia fugado tres veces.

Apesar de los sentimientos que me agitaban entónces, sin darme tregua, aquella sociedad, en que me habia visto introducido de un modo tan inesperado, me causó una profunda impresion.

Pero Pugatcheff me sacó de mis meditaciones con sus preguntas. « Habla, ¿qué asuntos te han precisado á salir de Oremburgo? »

Una idea singular cruzó por mi mente. Me pareció que la Providencia, al llevarme por segunda vez á la presencia de Pugatcheff, me ofrecia la ocasion de ejecutar mi proyecto. Me decidí á aprovecharla, y sin mas reflexiones respondí á Pugatcheff.

(1) Nombre de un bandido célebre del siglo pasado, que luchó mucho tiempo contra las tropas imperiales.

« Iba á Belogorsk, á rescatar á una huérfana oprimida. »

Los ojos de Pugatcheff centellearon.

« ¡Quién de los míos se atrevería á ofender á una huérfana! exclamó él. Aunque fuera como una montaña, no se libraría de mi fallo. Habla, ¿quién es el culpable? »

— Alexei Ivanitch, respondí; tiene presa á la joven que viste en casa del cura, y quiere obligarla á que se case con él.

— Voy á darle una lección á Alexei, exclamó Pugatcheff con aire feroz. Así aprenderá lo que vale hacer de las suyas en mis dominios, y oprimir á mi pueblo. Yo lo haré colgar.

— Ordéname que diga una palabra, interrumpió Klopucha con voz ronca. Te has apresurado mucho á dar á Alexei Ivanitch el mando de tu fortaleza, y ahora te das demasiada prisa para mandarlo ahorcar. Tú has ofendido ya á los cosacos imponiéndoles un caballero por jefe: no vayas pues ahora á ofender á los caballeros ajusticiándolos por una simple acusación.

— No hay que colmarlos de gracias, ni tenerles compasión, dijo á su vez el viejecillo de la cinta azul; no hay inconveniente en ahorcar á Alexei Ivanitch: pero tampoco sería cosa fuera de propósito el interrogar al caballero oficial, que está presente. ¿Qué lo ha movido á honrarnos con su visita? Si no te reconoce como czar, no debe pedirte que hagas justicia; y si te reconoce, ¿porqué ha permanecido hasta ahora en Oremburgo en medio de tus enemigos? ¿No deberías mandarlo llevar á interrogarlo en el tormento? « Me se figura que los generales de Oremburgo nos han enviado á Su Gracia. »

La lógica del malvado viejo me pareció plausible á mí mismo. Un calofrío involuntario corrió por todo mi cuerpo, cuando recordé en que manos había caído. Pugatcheff apercibió mi turbación y mi miedo.

¡Eh! ¡eh! vuestra señoría, dijo guiñando el ojo: me parece que mi feld-mariscal tiene razón. ¿Que te parece á tí?

La ironía de Pugatcheff fortificó mi ánimo y me volvió la resolución.

Le respondí con calma que estaba en poder suyo, y que podía hacer de mí lo que buenamente quisiera.

« Bien, dijo Pugatcheff, ¿dime ahora en qué estado está vuestra ciudad? »

— A Dios gracias, todo está en ella en el mayor orden.

— ¡En el mayor orden! repitió Pugatcheff, y la gente perece de hambre. »

El usurpador decía la verdad, pero cumpliendo con el deber que imponía mi juramento, le aseguré que aquella noticia era falsa, y que la plaza de Oremburgo estaba suficientemente provista.

« Tú ves, dijo el viejecillo que te engaña con la mayor impudencia. Todos los fugitivos declaran unánimemente que el hambre y la peste desolan á Oremburgo, y Su Gracia afirma que reina en la ciudad la mayor abundancia. Si quieres ahorcar á Alexei Ivanitch, cuélgalo en él mismo patíbulo que á ese joven para que no tengan que echarse nada en cara. »

Las palabras del maldito viejo habían hecho al parecer mucho efecto á Pugatcheff. Por fortuna Klopucha contradijo á su camarada. « Calla, Naumitch, le dijo, tú no piensas mas que en extrangular y colgar. Bien te sienta el hacerte el héroe. Al verte y oírte no se sabe donde tiene su asiento tu alma; estás ya con un pie en el sepulcro, y quieres hacer morir á los demás. ¿Por ventura, no tienes bastante sangre sobre tu conciencia? »

— ¡Buen santo eres tú también! replicó Beloborodoff. ¿desde cuándo ha entrado tal compasión en tu pecho?

— Indudablemente, contestó Klopucha, yo también soy un pecador, y esta mano... (Cerró, al decir esto, su huesoso y descarnado puño, y arremangándose mostró su velludo brazo), y esta mano es culpable de haber vertido sangre cristiana. Pero yo he dado muerte á mi enemigo y no á mi huésped, en campo raso, en medio del camino y en el bosque oscuro y espeso, pero no en casa y detrás de la estufa, con el hacha y con la maza, pero no con embustes y habladurías de una vezuela.

El anciano volvió á otro lado la cabeza, y murmuró entre dientes:

« ¡Narices arrancadas! »

— ¿Qué estás murmurando ahí? buho viejo, repuso Klopucha; ya te daré yo narices arrancadas; aguarda un poco, ya te llegará tu San Martín. Confío en que tú también olerás de muy cerca un día las tenazas, y hasta entonces cuida de que no te arranque esas barbillas.

— Señores generales, exclamó Pugatcheff con dignidad, poned término á vuestras miserables disputas. No sería grande desgracia que todos los perros sarnosos de Oremburgo fueran colgados en el mismo palo; pero sería cosa triste que nuestros buenos mastines se destrazaran con las uñas y los dientes unos á otros.

Klopucha y Beloborodoff no replicaron y se dieron por contentos cambiando entre sí una sombría mirada.

Conoció que era muy conveniente tratar de cambiar una conversación que podía tener funestas consecuencias, sobre todo para mí. Volviéndome pues á Pugatcheff, le dije con la sonrisa en los labios:

— ¡Ah! se me olvidaba darte las gracias por el caballo y el tulup que me has regalado. Sino por tí no hubiera podido llegar á la ciudad, y me hubiera muerto de frío en el camino.

Mi estratagemata tuvo un éxito feliz. Pugatcheff se pu-

so de buen humor. « La belleza de la deuda consiste en el pago, » me dijo con su acostumbrado guiño de ojos. Cuéntame ahora esa historia; ¿qué tienes tú que ver con esa joven á quien persigue Alexei Ivanitch? ¿habría por ventura cautivado tu corazón? »

— Es mi futura, respondí á Pugatcheff, observando el cambio favorable que se estaba verificando en él, y pareciéndome que no había inconveniente en manifestarle lisa y llanamente la verdad.

— ¡Tu futura! gritó Pugatcheff; ¿y porqué no me lo has advertido antes? Nosotros te casaríamos y nosotros asistiríamos á tu boda. Luego, volviéndose hácia Beloborodoff: « Escucha, feld-mariscal; nosotros somos amigos antiguos, su señoría y yo; pongámonos á cenar. Mañana trataremos detenidamente de lo que deberemos hacer por él; la mañana es mas discreta que la noche; la almohada es un buen consejero. »

De buena gana hubiera rehusado el honor que se me dispensaba. Pero era imposible excusarse. Dos jóvenes cosacas, hijas del amo de la casa cubrieron la mesa con un mantel blanco, trajeron pan, una sopa de pescado, y jarros de vino y de cerbeza. De esta manera me encontraba la segunda vez sentado á la mesa de Pugatcheff con sus terribles camaradas.

La orgía, de que era testigo involuntario, se prolongó hasta muy entrada la noche. Por último, la embriaguez acabó por triunfar y apoderarse de todos los comensales. Pugatcheff se durmió en su asiento, y sus compañeros se levantaron haciéndome un signo para que hiciera lo mismo y lo dejara solo.

Salí con ellos de la habitación.

En virtud de una orden dada por Klopucha, el centinela me condujo al cuarto del tormento, en donde se hallaba Savelitch, y allí me dejaron encerrado con llave con mi buen menino. Savelitch estaba tan admirado con todo lo que veía y todo lo que pasaba al rededor suyo, que no me hizo la menor pregunta. Se acostó en un rincón, y oí largo rato gemir y quejarse amargamente en medio de la oscuridad. Por fin acabó por roncar y yo me entregué á reflexiones que no me dejaron cerrar los ojos ni un solo instante en toda la noche.

Al día siguiente por la mañana vinieron á llamarme de parte de Pugatcheff.

Fuí á su cuarto. Delante de la puerta de la calle vi una *kibitka* con tres caballos tártaros. La multitud obstruía la calle. Pugatcheff me recibió en traje de camino, con un capote de pieles y un gorro kirghise. Rodeabanlo sus convidados de la víspera, aparentando un aire sumiso que contrastaba visiblemente con lo que había presenciado el día anterior. Pugatcheff me saludó con rostro afable, y al salir me hizo sentar á su lado en la *kibitka*.

— A la fortaleza de Belogorsk, dijo al robusto cochero tártaro que dirigía en pie el vehículo. Mi corazón palpitó con extraordinaria violencia y rapidez. Los caballos partieron, la campanilla sonó; la *kibitka* voló sobre la nieve.

— ¡Para! ¡para! gritó una voz que yo conocía muy bien; y vi á Savelitch que venía detrás de nosotros corriendo.

Pugatcheff mandó parar.

— O padre mio Pedro Andreitch, exclamaba mi menino, no me abandones de esa suerte á mi vejez en medio de estos mal...

— ¡Ah! perro viejo, dijo Pugatcheff, Dios nos vuelve á juntar. Vamos, siéntate en el pescante.

— Gracias, czar, padre mio, respondió Savelitch ocupando el puesto que le indicaba; que Dios te dé cien años de vida por haber tranquilizado á un pobre viejo. Toda mi vida rogaré á Dios por tí, y nunca jamás volveré á hablar del tulup de pieles de liebre.

Este recuerdo del tulup de pieles de liebre podía por último incomodar á Pugatcheff. Pero el usurpador no oyó ó no quiso hacer caso de aquel recuerdo tan inoportuno.

Los caballos echaron al galope. Las gentes se paraban en la calle, y conforme atravesábamos por delante de la muchedumbre éramos saludados humildemente con profundas reverencias. Pugatcheff daba cabezadas mirando á derecha é izquierda. Muy pronto salimos de la población, y emprendimos nuestro viaje por un camino muy despejado.

Fácilmente se concibe lo que yo experimentaría en aquellos momentos. Dentro de pocas horas iba á ver de nuevo á la que había creído perdida eternamente para mí. Me imaginaba el instante de nuestra reunión; pero al propio tiempo pensaba en el hombre que tenía en su mano un destino, al cual me ligaba un extraño concurso de circunstancias muy singulares por medio de un lazo misterioso. Recordaba la brusca crueldad y los hábitos sanguinarios del hombre que se constituía voluntariamente en defensor de mi amante. Pugatcheff no sabía que era la hija del capitán Mironoff; Alexei Ivanitch, provocado de este modo, exasperado, era capaz de revelárselo todo, y Pugatcheff podía saber la verdad por otros conductos diversos. Y entonces, ¿qué iba á ser de María? Todo mi cuerpo se estremeció con esta idea, y los cabellos se me herizaron.

De repente interrumpió Pugatcheff mis meditaciones: « ¿En qué se digna pensar vuestra señoría? »

— ¿Cómo quieres tú que no piense? respondí, yo soy un oficial, un caballero; ayer mismo te hacia la guerra, y ahora viajo contigo, en tu mismo carruaje, y toda la felicidad de mi vida depende de tí.

— ¿Qué es eso, replicó Pugatcheff, tienes miedo por ventura? »

Contesté que habiendo sido perdonado por él, no so-

lo confiaba en su benevolencia, sino que también contaba con su protección.

— Y tienes razón en contar, dijo el usurpador. Ya has visto que mi gente te miraba con malos ojos; hoy mismo quería probarme el viejecillo á todo trance que eras un espía, y que era menester darte tormento antes de ahorcarte, pero yo no he consentido en ello, añadid bajeando la voz temiendo que Savelitch y el tártaro lo oyesen, porque no he olvidado el vaso de vino que me ofreciste y el tulup que me regalaste. Bien ves que no soy un bebedor, como lo pretende tu cofradía.

Recordando la toma de la fortaleza de Belogorsk, no creí sin embargo que debía contradecirle, y callé.

— ¿Qué dicen de mí en Oremburgo? preguntó después de una breve pausa.

— Dicen que no es fácil darte mate. Es preciso convenir en que nos has dado quehacer, Pugatcheff.

El rostro del usurpador expresó la satisfacción del amor propio.

— Si, me dijo con aire glorioso, soy un gran guerrero. ¿Tienen noticia en Oremburgo de la batalla de Inzeieff (1)? Cuarenta generales han muerto en ella, cuatro ejércitos han sido hechos prisioneros. ¿Crees que el rey de Prusia sea tan fuerte como yo?

La fanfarronada del bandido me pareció bastante original.

— ¿Qué piensas tú de eso? le dije; ¿te atreverías á batir á Federico?

— ¿Fedor Fedorovitch (2)? ¿y porqué no? Yo derroté tal mal á vuestros generales, y vuestros generales lo han batido á él. Hasta el presente mis armas triunfan. Espera, espera, tú verás lo que es bueno cuando marche sobre Moscou.

¿Y te propones decididamente marchar sobre Moscou?

El usurpador se puso á reflexionar; luego dijo á media voz: « Dios sabe... mi calle es estrecha... tengo poca voluntad... mis muchachos no me obedecen... son unos pillos... necesito andar listo... al primer revés salvarán sus cuellos con mi cabeza. »

— ¿En ese caso, dije á Pugatcheff, no valdría mas que los abandonarás á ellos antes que sea demasiado tarde, y recurrir á la clemencia de la emperatriz?

Pugatcheff sonrió amargamente.

— No, no, dijo, el tiempo del arrepentimiento se ha pasado; no me perdonarán; continuaré la empresa que he comenzado. ¿Quién sabe?... Quizá... Grichka Ötrepieff ha sido czar en Moscou.

— ¿Pero tú sabes qué fin ha tenido? Lo han arrojado por una ventana, lo han quemado, han cargado un cañon con sus cenizas, que han sido dispersadas por el viento!

El tártaro se puso á murmurar una canción lastimera; Savelitch, medio dormido, se balanceaba á uno y otro lado. Nuestro *kibitka* se deslizaba rápidamente por el camino de invierno... De repente vi un pueblecito muy conocido de mis ojos, con una empalizada y un campanario sobre la orilla escarpada del Iaik.

Un cuarto de hora después entrabamos en la fortaleza de Belogorsk.

(Se continuará.)

## Pompeya.

Pompeya es una de las grandes curiosidades del mundo, es la única cosa que se conserva intacta sobre la tierra desde hace 1800 años, y es nada ménos que una ciudad entera que en nuestros días ha sacudido la ceniza del volcan bajo la cual había desaparecido. Pompeya se ha despertado de su largo sueño presentándose en toda su frescura bajo los vivos resplandores del cielo napolitano. El sol, después de esa larga noche, ha vuelto á calentar los pavimentos de mármol de sus plazas, ha iluminado los contornos de sus edificios, se han quebrado sus rayos en los mismos ángulos, y la sombra en las mismas horas del día ha vuelto otra vez á marchar y á invadir las fachadas como hacia antes. Pompeya se halla hoy abierta para todo el mundo; se puede andar por sus calles, atravesar sus plazas, entrar en sus tiendas, en sus teatros y en sus templos, y hasta se puede entrar en la casa de este ó el otro habitante cuyo nombre se haya leído en la puerta, y penetrar en su sala, en su comedor, en las piezas mas recónditas, y examinar sus pinturas y sus estatuas. En esta visita maravillosa las nociones del tiempo se borran ante la fascinación de los recuerdos. El viajero se aparta de su época, se hace contemporáneo de los dos Plinius, de Tácito... y de todas las *notabilidades* de Pompeya y la ilusión llega hasta el punto de que uno se imagina que es preciso apresurarse á disfrutar de la soledad momentánea de ese pueblo, porque los habitantes van á llegar de un instante á otro.

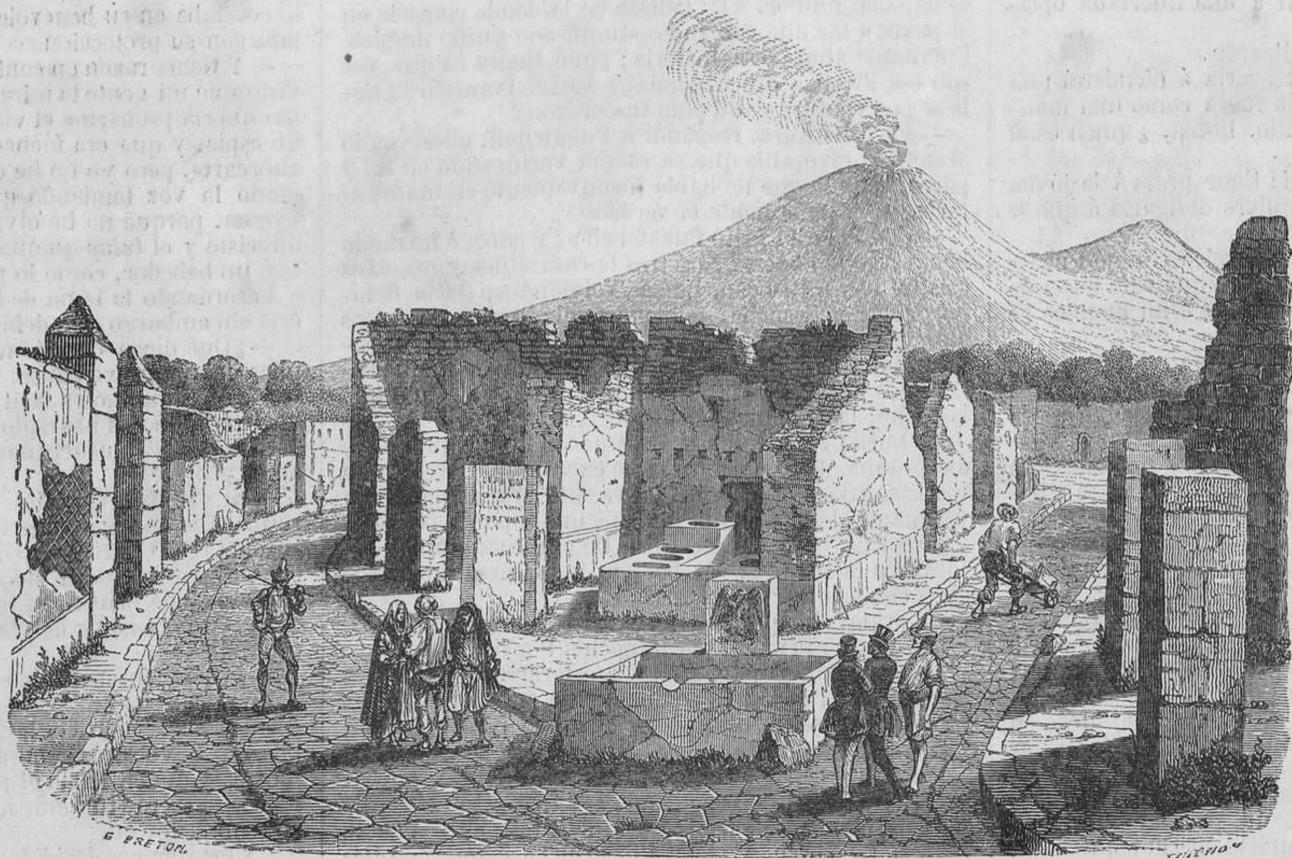
Pompeya, situada á 14 kilómetros de Nápoles y á 3 kilómetros en línea recta del cráter del Vesubio, se halla construida á orillas de la mar sobre una eminencia formada por antiguas corrientes de lava, y con frecuencia debió sentir algunos terremotos por su posición en un terreno tan amenazado. Séneca habla del terremoto del año 63 que arruinó esta ciudad: « Herculano, añade, quedó también medio en ruinas. » (*Quæst. nat.*, VI.) Diez y seis años después sus restos quedaron sumergidos por una erupción imprevista del Vesubio,

(1) Escaramuza en que había vencido Pugatcheff.

(2) Nombre dado á Federico el Grande por los soldados rusos.

pues hay que advertir que entonces era un volcán apagado hacia mucho tiempo. La erupcion que enterró á Herculano y á Pompeya, mató á Plinio el antiguo por sofocacion, y el recuerdo de su muerte se conservó en tanto que se habia olvidado el sitio y los nombres de las dos ciudades. Una carta de Plinio el menor contiene una relacion de los últimos momentos de su tío que habia ido á socorrer á varios amigos; el que lo cuenta no tenia entonces mas que diez y ocho años y no quiso acompañar á su tío porque estaba estudiando; además se quedó con su madre y en lo mas fuerte de los sacudimientos del terremoto leia á Tito Livio y sacaba apuntes; ¡ buen discípulo de retórica seria! Después escribió el panegirico de Trajano.

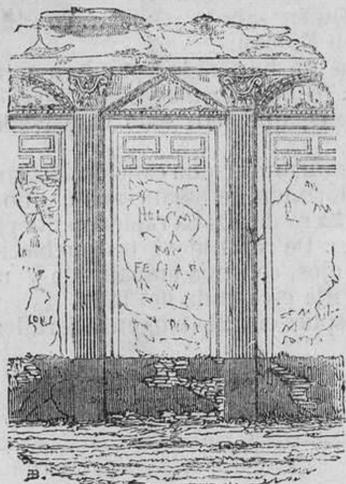
Pero mientras sacaba apuntes de Tito Livio en la habitacion de su tío cerca del cabo de Misena, á pocas leguas de distancia, la pobre ciudad de Pompeya desaparecia bajo una lluvia de cenizas ardiendo y de torrentes, no de lava, sino de fango, por



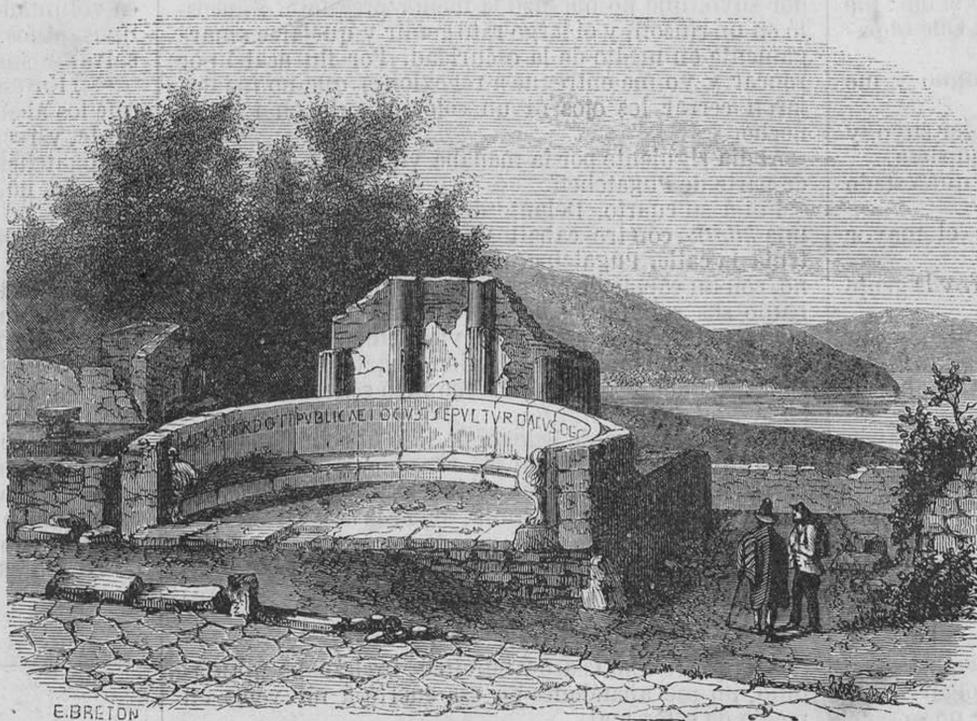
Ruinas de Pompeya. — Plazoleta de Fortunata.

cia de estas obras (la de Mazois y Gau cuesta 600 frs.) impide que sean accesibles á todo el mundo, y además todas son incompletas, puesto que cada año se hace en las ruinas algun descubrimiento importante. Por esta razon vamos á referirnos en este artículo á la última obra que se ha publicado, la de M. E. Breton, que por consiguiente es la mas completa, y contiene entre otros nuevos descubrimientos la descripcion de los baños, y la de la casa de Lucrecio. M. E. Breton al mismo tiempo que describia las curiosidades como anticuario, dibujaba los monumentos y las vistas copiadas del natural sobre madera para mayor exactitud. Nosotros damos aquí algunos de estos grabados en madera que debemos á la complacencia del autor. Todas

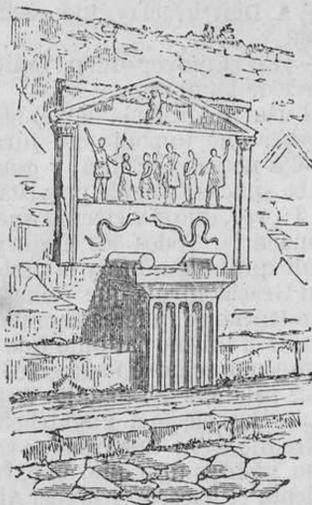
las medidas, sin excepcion, están tomadas en el sitio mismo; toda casa ó edificio de alguna importancia, va acompañado en su obra de una vista ó de un plano. M. Breton ha levantado tambien el plano general de Pompeya, en



Album (carteles públicos).



Hemiciclo de Mamia.

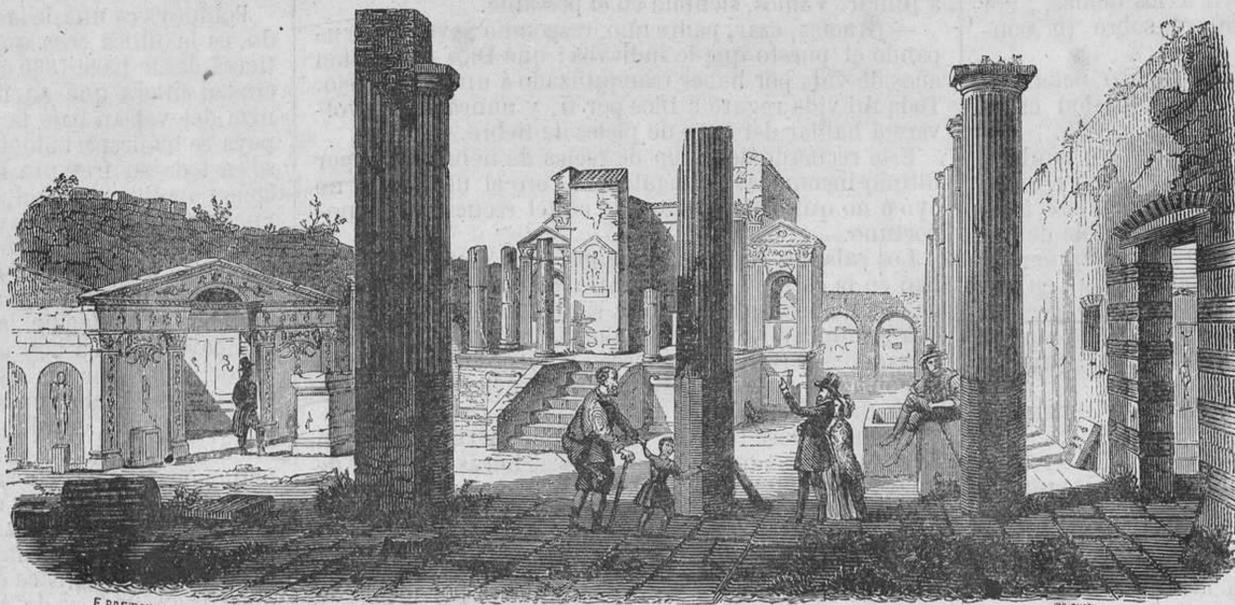


Altar de Júpiter.

la masa enorme de vapores lanzados y luego condensados en la atmósfera á una altura que seria de mas de 3000 metros. Los habitantes de Pompeya se hallaban por fortuna, en número de 15 á 20,000 divirtiéndose en el anfiteatro situado en una parte alta de la ciudad cerca de las murallas, y pudieron fugarse por los campos; esto explica sin duda porque se han hallado tan pocos esqueletos en Pompeya.

Los habitantes que se salvaron de la catástrofe construyeron otra Pompeya un poco mas arriba, que tres ó cuatro siglos después fué sin duda completamente sumergida, sin que nadie sepa su paradero. Después se olvidó de tal modo á Pompeya, que en 1592 el célebre arquitecto Domenico Fontana encargado de llevar las aguas del Sarno á Torre Del Annunziata, hizo abrir un canal que atravesaba la ciudad, su foso y el templo de Venus; sin embargo, entonces no se trabajó en hacer descubrimientos. En el año de 1758 unos labradores abrieron tambien una zanja por aquel lado, y encontraron algunos objetos de arte; advertido el rey de Nápoles mandó proseguir las excavaciones, y apareció Pompeya: *habent sua fata*.

Los arqueólogos y los artistas cayeron como una nube sobre ese precioso campo, y por sus voluminosas y magníficas obras ha podido saber el mundo docto los resultados de sus investigaciones. Pero justamente la magnificen-



Templo de Isis.



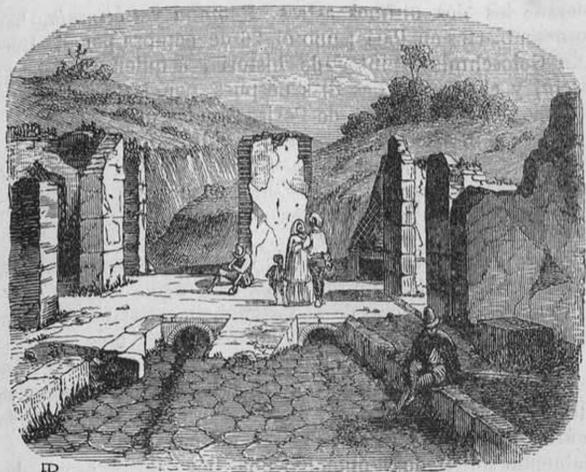
Bajo-relieve representando un buque.

el cual hasta se halla indicada la casa de *Ifigenia*, descubierta este año.

La descripcion de la ciudad y de sus monumentos presentada metódicamente y en relacion con el plano, es un guia seguro, cómodo para todo el que visite esta ciudad curiosa.

Regularmente se llega á Pompeya por el lado de la estacion del camino de hierro de Nápoles á Nocera, pero la entrada mas hermosa y monumental de la ciudad, está por la puerta de Herculano y por la via de los Sepulcros que la precede, así llamada por los monumentos fu-

nerarios que tiene á sus dos lados. De paso dirémos que estos monumentos no tienen nada de tristes; los antiguos trataban de velar esta terrible idea de la muerte. ¿ No debemos pensarlo así, al ver sobre uno de esos monumentos un buque aparejado velas (véase uno de nuestros grabados); interesante revelacion sobre el arte náutico de los antiguos? Una de las tumbas de esta via consiste en un comedor oadrnado con pinturas; allí servian á los pobres difuntos una especie de comida que probablemente se comian los vivos. Otras dos tumbas, cerca de la puerta de entrada, manifiesta una atencion benévola hácia los transeúntes, ofrecen un hemiciclo con bancos (véase el hemiciclo de Mamia. Aquí podian descansar los que entraban en Pompeya; cerca de este hemiciclo habia una casa de recreo de Ciceron, donde se han encontrado mosaicos notables.



Ruinas de Pompeya. — Albañal.

La principal curiosidad de este arrabal es la *villa Diomede*, una de las habitaciones mas grandes de Pompeya con su jardin rodeado de pórticos bajo los cuales habia grandes bodegas, llenas de ánforas de vino. En la época de la erupcion estaban entrando la cosecha. En esas bodegas se han hallado los esqueletos de diez y siete personas que se refugiaron en ellas, y quedaron enterradas en una ceniza menuda que se amoldó perfectamente sobre sus cuerpos.

Antes de atravesar la puerta de la ciudad se ve á la izquierda un nicho funerario que supusieron era una garita; allí encontraron el esqueleto del soldado de guardia que fiel observador de su consigna militar, se refugió en ella en vez de fugarse con los demás habitantes. Tenia la visera calada y su mano de esqueleto sostenia aun su lanza. En el dia *figura* en el Museo de Nápoles.

Sin detenernos á examinar la puerta de entrada de la ciudad que se cerraba exteriormente por medio de una puerta de madera que bajaba en ranuras muy hondas, entremos en las calles estrechas y completamente barridas de esa ciudad antigua. Todas ellas tienen un pavimento de losas irregulares de lava, sobre las cuales se ven aun los surcos de los últimos carros que pasaron, sus lados tienen aceras elevadas. La mayor parte de las calles están adornadas con fuentes, y el agua sobrante corria por unos *albañales* practicados bajo las aceras como se ve en uno de los grabados que aqui reproducimos. En otro grabado (*plazoleta de Fortunata*) vemos una de esas fuentes coronada con un águila, en la enrejada de dos calles, y detrás una taberna, llamada de Fortunata, á juzgar por el rótulo; es un *thermopolium*, esto es, una casa donde se venden bebidas calientes, como vino hervido, aguamiel, etc., en una palabra, lo que llamamos hoy un café. Choca mucho el ver su pequeñez, así como los hornillos y mostradores que le obstruyen, pero entónces no se acostumbraba á pasar muchas horas en esos establecimientos como sucede; hoy se bebia sobre el mostrador. Lo mismo era en todas las tiendas; solo el tendero se hallaba en el mostrador, los compradores estaban á la puerta. Un corto número de estas tiendas tenían habitacion detrás ó en el primer piso; por la noche se cerraban todas con ventanas de madera. En Pompeya se usaban tambien los rótulos y muestras: entre nuestros dibujos figura la de una *taberna*. Un maestro de escuela habia representado á un pedagogo azotando á un niño que otro tenia áuestas. Otro maestro de escuela llamado Valentinus puso una muestra con una particularidad digna de notarse. Habia á la esquina del Foro una escuela pú-



Figura de gladiador rasgueada.



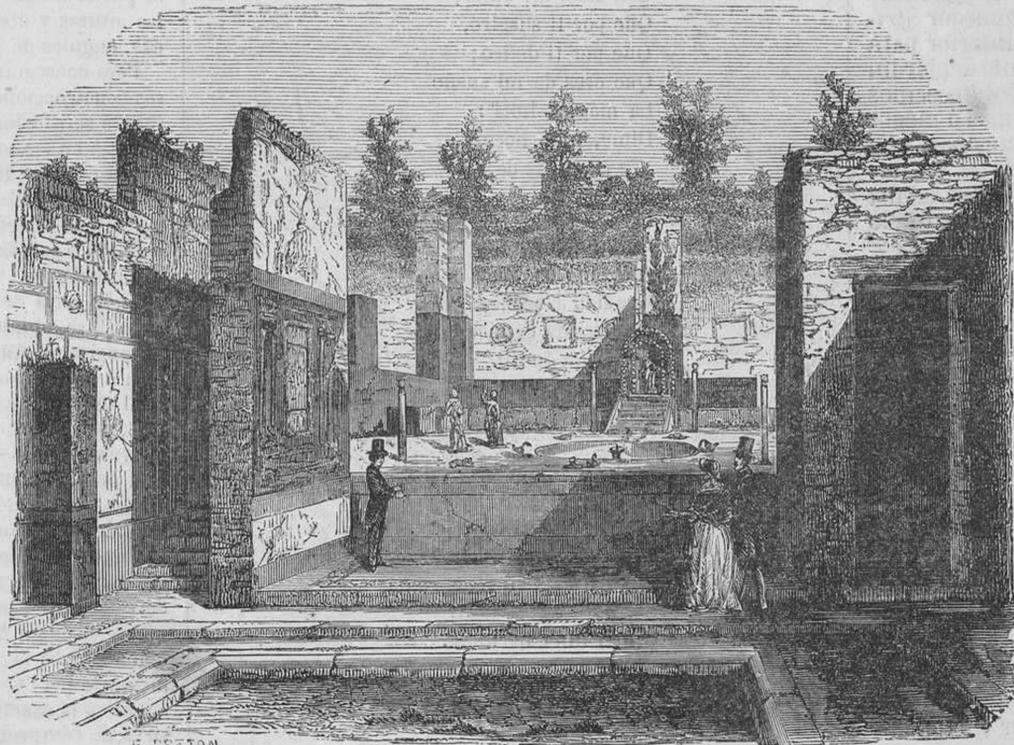
Tesseres.



Corredor del anfiteatro.

blica dirigida por Verna, el cual siguiendo un uso casi general á todos los habitantes acomodados de Pompeya, se pone bajo la proteccion del magistrado con todos sus discípulos (*cum discipulis suis*). Valentinus queriendo hacerle concurrencia, viene á poner su *anuncio* en frente de la escuela de Verna, sobre un trozo de pared blanqueado donde se ponian los actos públicos y los anuncios particulares, y que designaban con el nombre de *album* (véase el grabado), sin olvidarse de invocar para él y sus discípulos la proteccion de los dos ediles. Pero al ponerse bien con la autoridad municipal se olvidó de la sintaxis, pues escribió *Cum discentes suos*, en vez de: *Cum discipulis suis*; he aquí un solecismo que consagra su nombre á la inmortalidad. Sin embargo, puede que la falta no fuera suya, sino de los pintores de muestras, que á juzgar por otras como esa que se ve en Pompeya, eran con poca diferencia tan entendidos en gramática como los nuestros.

En ciertos sitios los símbolos religiosos equivalen á una prohibicion de mancharlos, como verbigracia, las dos serpientes del pequeño altar de *Júpiter* (véase el grabado.) Además de las inscripciones de los propietarios junto á las puertas de las casas, además de los carteles de ventas, de alquileres, de diversiones, de combates de gladiadores, etc., hay otro género de inscripciones de caracteres cursivos rasgueados por los ociosos sobre la pintura de las paredes de los edificios públicos ó de las habitaciones particulares, que constituyen uno de los descubrimientos mas curiosos de Pompeya. Estas inscripciones, son una preciosa fuente de noticias diversas donde se reflejan la vida, las pasiones, los hábitos dignos de aquel pueblo; contienen declaraciones de amor, dichos de beodos, pensamientos satíricos; muchas de ellas son groseras y obscenas. Pero nada debe desperdiciarse, y á veces donde menos se cree suelen hacerse descubrimientos de mucha importancia. Así ha sucedido que una inscripción rasgueada por un soldado que aguardaba á que se abriera el teatro con dos de sus compañeros, y en la cual indicaba la fecha de una broma que habian corrido juntos, sirvió para fijar los nombres de dos cónsules que hasta entonces no se habian podido averiguar á punto fijo. En la basílica se han recogido muchas trazadas por los abogados en el intervalo de las audiencias, llenas de citas de Virgilio, de Ovidio y de Propertio, siendo muy de notar que no se encontró una sola de Horacio. Además de las inscripciones se han encontrado tambien sobre las paredes caricaturas y dibujos trazados por manos toscas; entre nuestros grabados puede verse una muestra en la *figura de gladiador* que estaba sobre una columna del

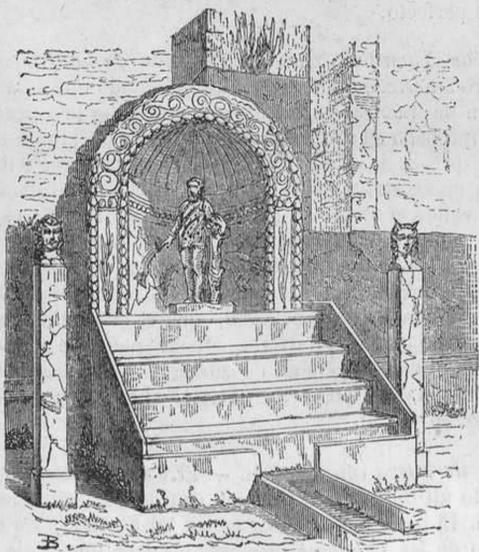


Casa de Lucretius.

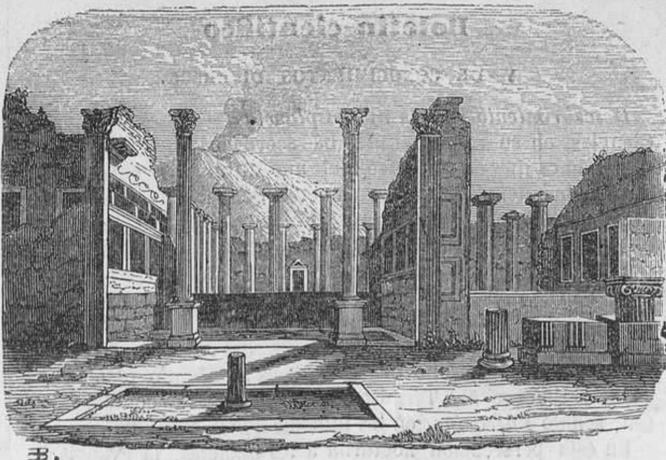


Muestra de una taberna.

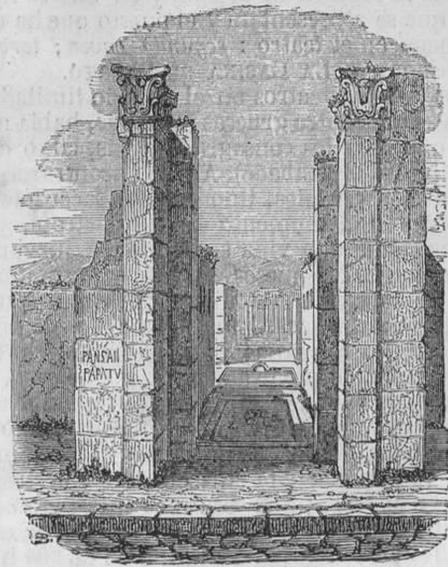
tro con dos de sus compañeros, y en la cual indicaba la fecha de una broma que habian corrido juntos, sirvió para fijar los nombres de dos cónsules que hasta entonces no se habian podido averiguar á punto fijo. En la basílica se han recogido muchas trazadas por los abogados en el intervalo de las audiencias, llenas de citas de Virgilio, de Ovidio y de Propertio, siendo muy de notar que no se encontró una sola de Horacio. Además de las inscripciones se han encontrado tambien sobre las paredes caricaturas y dibujos trazados por manos toscas; entre nuestros grabados puede verse una muestra en la *figura de gladiador* que estaba sobre una columna del



Puerta de la casa de Pansa.



Peristilo de la casa del Fauno.



Una fuente.

cuartel de los Soldados. La mayor parte de estos vestigios han desaparecido, pero han sido borrados ó transportados al Museo de Nápoles.

Después de nuestro rápido paseo por las calles, penetremos ahora en esas casas particulares, tan interesantes de estudiar en su distribución interior y en el sistema casi uniforme de su ornato bastante cargado. Las piezas principales están casi todas en el piso bajo. Ninguna ventana de este piso ni del superior, cuando las había, daba á la calle. Aun en el interior, muchas piezas no recibían la luz sino por la puerta. Uno de los rasgos característicos de estas habitaciones es la ausencia total de chimeneas ó de estufas, bien que en la comarca la temperatura baje á cero muchas veces; se calentaban únicamente con braseros. La disposición de las casas acusa desde luego la diferencia entre los hábitos de los antiguos y los nuestros, y corresponde con su doble vida privada y pública. Si el interior ofrecía alguna magnificencia, era casi exclusivamente en las partes en que el público penetraba; las partes consagradas á la vida privada carecían á menudo de lo útil, y nada tenían de lo que llaman los ingleses confortable. Su disposición principal consiste en dos patios interiores rodeados de pórticos y de cuartos; el uno (atrio) al que se llegaba por un vestíbulo estrecho, tenía una puerta que daba á la calle (véase el grabado del « Vestíbulo de la casa de Pausa ») y el otro (el peristilo) que era mayor, y estaba mejor adornado, tenía un peristilo con columnas: estos dos patios estaban alumbrados por una abertura al aire libre practicada en lo alto del techo. Un estanque que se hallaba en medio recibía las aguas de lluvia, ó estaba alimentado por una fuente que regularmente estaba colocada en el fondo de un jardinillo á la extremidad de los aposentos. Por lo común, el jardín, la galería ó paseo cubierto, el peristilo y el atrio se hallaban sobre una misma línea de suerte que, desde el umbral de la puerta, las miradas podían abarcarlo todo, como en el dibujo arriba citado. En torno de ese plano fundamental de las casas de Pompeya se agrupaban varias piezas como el comedor (*triclinium*); por lo regular había dos, uno interior para el invierno, y otro para el estío en un ángulo del jardín bajo un emparrado. La separación entre los aposentos de los hombres y los de las mujeres, era mas ó menos completa. En algunas casas las mujeres ocupaban una parte aislada de la habitación, á la manera de un harem; la entrada de estos aposentos prohibidos estaba guardada por escaleras que tenían sus cuartitos al lado de la puerta.

La pequeñez de estos aposentos es también muy notable. Se hallan muy adornados de pinturas, de mosaicos y de estatuas; las pinturas se extendían hasta los muros que rodeaban el jardinillo en el fondo de la habitación. Este jardinillo (*xystris*) se hallaba á veces dispuesto en azotea, como el de la casa de *Lucretius* (véase el grabado), que forma una especie de teatrillo de muñecos cuyos actores se hallan figurados por diferentes estatuistas de personajes y animales que no guardan proporción entre sí. En el fondo hay una fuente (véase el grabado) con su nicho de mosaico y de conchas, y una estatuita apoyada sobre una colambre de donde salía el agua que caía en cascada sobre las gradas de mármol. Todo esto forma un conjunto de *rococo* antiguo muy divertido, pero que no prueba mucho el buen gusto del dueño de tales fruslerías, flemín y decurión de Pompeya.

El estrecho espacio que ocupaban las habitaciones de los ricos, se hallaba mas limitado aun por las tiendas que los rodeaban. Estas tiendas se alquilaban, como en nuestros días, á precios elevados. A veces una de ellas comunicaba con el interior de la casa, y entonces era del dueño que mandaba vender en ella al por menor, como lo practican aun muchos italianos ricos, el vino, el aceite y demás productos de sus tierras.

En el día estará descubierta como una tercera parte de la ciudad. Se presume que la parte desenterrada encierra los mejores barrios, las casas principales; allí está el foro con sus templos, su basílica, etc... A poca distancia está el barrio de los teatros, uno grande y otro pequeño, que han suministrado indicaciones preciosas sobre esa clase de edificios entre los antiguos. Hasta se han podido coger *billetes de funciones* (tesserer, véase el grabado), que son como unas fichas de hueso, de tierra cocida ó de bronce. En uno de ellos se lee el anuncio de la función en griego, y en otro se indica la comedia que se representará y el puesto que ha de ocupar su dueño en el teatro: *segunda cavea*; *tercer rincón*; *octava grada*. LA CASINA DE PLANTO.

Pegados á estos teatros en el espacio limitado de la ciudad encerrada entre gruesas murallas, había muchos templos, uno de ellos consagrado á Isis, cuyo culto se toleraba, (véase el grabado). Allí se encontraron varios esqueletos de sacerdotes. Uno de estos sacerdotes estaba comiendo en el momento de la catástrofe, y el pobre hombre tenía una viña en el altar, á juzgar por el pescado, el pollo, los huesos, el vino y hasta una guirnalda de flores, cuyos restos se encontraron á su lado. El esqueleto de otro sacerdote estaba al pie de un muro con un hacha en la mano; ya se había abierto dos salidas, pero no pudo pasar adelante.

Ya es tiempo de poner fin á nuestra rápida excursión y á nuestro examen superficial de esa maravillosa ruina que se llama Pompeya; no hemos querido mas que despertar la atención y la curiosidad de nuestros lectores, pues en efecto; ¿qué cosa mas interesante puede haber que la vida entera de un pueblo que se revela á la vez en las menores particularidades de sus hábitos! ¿Cuánto hay que aprender en tal estudio! Parece que

ya nada mas tiene que enseñarnos la antigüedad, cuando entrega una ciudad entera á nuestro análisis; cuando después de haber visto sus templos, sus tribunales, sus colegios, sus teatros, sus baños, sus tabernas, sus posadas, sus cuarteles, sus cárceles, sus tumbas, se puede penetrar con descanso en las moradas particulares de sus habitantes, estudiar sus procedimientos industriales en las tiendas de todas clases, sorprender al poeta trágico en la pintura de escenas de *bastidores* de teatro, y descubrir en casa del escultor estatuas medio cinceladas... Todo en fin, encierra alguna lección, alguna enseñanza, todo lo que contienen esos venerables restos de los tiempos pasados, de ese plano en relieve de la civilización de un pueblo que durante mas de diez siglos fué el árbitro de los destinos del universo.

A. J.

### Letrilla.

Mientras yo en el campo  
Suspiro por tí,  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

A tí, la morena  
De ojos brilladores,  
De ojos que callando,  
Siempre están hablando,  
Y ardo en sus destellos  
Desde que los ví;  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

Sabes que te adoro  
Con toda mi alma;  
Que por tí suspiro,  
Que por tí deliro;  
Que eres de mi sueño  
La mágica hurí:  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

¿Que á mí la hermosura  
Culta, artificiosa?  
Al pecho enajena  
Cándida azucena,  
Que oculta creciendo  
Descuelga gentil.  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

¿Dó hay mayor delicia  
Que hallar una diosa  
Que ignora que ama  
Y en amor se inflama?  
¿Qué trueca en su rostro  
La nieve en carmin?  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

Conserva, mi amada,  
El candor nativo,  
Que hulle en tu frente  
Cual alba riente,  
Y colma de encantos  
Tu plácido Abril:  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

La dicha mas grata  
Que encuentro en la tierra,  
Es ver tu sonrisa,  
Y aspirar la brisa  
De tu dulce aliento,  
Y á tus piés morir.  
Díme, niña hermosa,  
¿Te acuerdas de mí?

M. C.

### Boletín científico

#### Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

*Descubrimiento de seis nuevos planetas.* — La Academia de Ciencias, en su sesión anual, ha acordado un premio á seis astrónomos que en el curso del año último se señalaron por el descubrimiento de nuevos planetas. Seis planetas mas se han descubierto: los dos primeros, *Belona* y *Anfitrite*, se vieron en el mismo día, el 1º de marzo, á algunas horas de intervalo por M. Buther, astrónomo del Observatorio de Blick, cerca de Dusseldorf, y por M. Marth, agregado al Observatorio de M. Brihop en Regent's Park en Londres. En ese mismo establecimiento, M. Hind, superintendente del *Nautical Almanac*, descubrió el 22 de julio *Urania*, que es su décimo planeta. El 1º de setiembre M. Terguson del Observatorio de Washington, señaló *Eufrosina*, en las inmediaciones de Egeria.

En esta persecución nocturna á los planetas, la Francia no se ha dejado aventajar por la América, la Alemania ó la In-

glaterra; los dos últimos astros, *Pomona* y *Polimnia*, han sido descubiertos en París; uno el 26 de octubre por M. Hermann Goloschmidt, pintor de historia, á quien se debe ya *Lutecia*, y el segundo dos días después por M. Charcornac, astónomo del Observatorio de París. Gracias al talento y á la buena suerte de esas observaciones, el número de los planetas telescópicos comprendidos entre *Marte* y *Júpiter* es hoy de treinta y tres: en un solo año se han hecho mas trabajos astronómicos que en muchos siglos.

*Efectos de la electricidad.* — Un oficial del ejército francés, á quien el general Martinprey había encargado un reconocimiento en los alrededores de Sebastopol, fué derribado, no por una bala de cañon, sino por la columna de aire que con violencia despidió el proyectil al pasar cerca de aquel. La conmoción sufrida por el oficial fué tan intensa que su lengua se contrajo instantáneamente, y desde este momento le fué ya imposible moverla fuera de la boca y de hablar.

Habiendo solicitado y obtenido una licencia, el herido desembarcó en Marsella; en esta ciudad hubo quien emprendió su cura por medio de la electricidad. Desde las primeras sesiones, el órgano tan singularmente afectado empezó á moverse con mas facilidad, mas sin que por entonces pudiera el paciente hablar. Trascurrieron aun algunos días sin mejora notable. Por fin al duodécimo, el enfermo, determinado á probar un resultado decisivo, se sometió á una conmoción eléctrica de una intensidad especial, y al instante casi el suceso que se esperaba tuvo efecto; al cabo de algunos minutos el paciente recobraba el completo y libre ejercicio de la palabra.

En el día este militar se halla de vuelta en sus hogares; se encuentra completamente restablecido, y dentro de pocos días piensa volver á su puesto.

*Nuevo instrumento para la medicion de alturas.* — Todos los que tengan que ocuparse de trabajos topográficos, bien sea con miras militares ó de interés público, sienten la necesidad de poseer un instrumento todo lo sencillo posible, con el cual se pueda medir en breve tiempo, y con suficiente exactitud, las alturas y distancias horizontales, líneas oblicuas ó inclinadas, ángulos de posición, etc.

Para conseguir tamaño objeto, han sido intentadas numerosas construcciones, sin que hubieran dado un resultado enteramente satisfactorio; de manera que aun es preciso con frecuencia en las mediciones que requieren alguna precisión, hacer uso del teodolito, meseta ú otros instrumentos complicados, cuya explicación y manejo requiere ya cierta suma de conocimientos y gran dispendio de tiempo para obtener algunos resultados satisfactorios. En muchos casos empero no se halla en relación el tiempo invertido con la importancia del resultado, y sería de consiguiente de desear un instrumento con el cual se obtuviera una precisión suficiente para pequeñas distancias, diferencias horizontales, alturas, ángulos de posición á simple vista.

El teniente Epple, que sirve en el regimiento de infantería nº 5, del ejército de Wurtemberg, ha logrado construir un instrumento de esta especie, dispuesto de manera que por una sola medicion en el tiempo de un minuto se obtienen las funciones trigonométricas del seno, coseno y tangente, por lo cual seguidamente con la simple multiplicación sin hacer uso de las tablas logarítmicas, se consiguen los correspondientes lados del triángulo. Si se tiene, por ejemplo, la distancia desde el punto de estacion hasta la altura que se quiere medir, bien sea porque se deduzca de un plano, carta ó por medio de medicion, obtendremos la altura que se averigua, multiplicando esta distancia por la tangente, que nos dé el instrumento. En cuanto á la exactitud que se consigue con el aparato de Epple, sirva de comprobante el resultado comparativo obtenido con el teodolito. A una distancia horizontal de 700 piés se encontró en la medicion de una torre de 165 piés de elevación ejecutada con un buen teodolito, tan solo una diferencia de dos pulgadas con la que dió este nuevo instrumento. Siempre que baste un resultado menos exacto presta este instrumento además la facilidad de poder calcular los lados del triángulo por los de otro proporcional.

El objeto principal de este instrumento es la medicion de alturas; pero puede también servir para los casos siguientes. Hay la facilidad de medir con él ángulos de estacion en los que se obtienen la misma exactitud que el sextante de bolsillo, y se pueden establecer por él horizontales, sobrepajando en precisión á los instrumentos de nivel de mano. El pensamiento fundamental para la construcción de este instrumento es completamente nuevo, que nosotros sepamos: la disposición del mismo es tan ingeniosa como bien ejecutada, y su manejo tan sencillo, que al cabo de pocos minutos se logra hacer de él el uso mas perfecto.

*Silla de Thompsen para la salvacion de naufragos.* — El ingeniero americano Thompsen ha inventado una silla para la salvacion de naufragos, habiendo los ensayos practicados con ella comprobado su extraordinaria eficacia y oportunidad. También en presencia de la reina Victoria y príncipe Alberto se hicieron en Osborne varias pruebas, habiendo el éxito de las mismas valido al inventor grandes elogios. La silla es de madera, y vendrá á tener como dos piés de alto y uno y medio de ancho. Debajo del asiento hay dos cajas de metal llenas de aire, lo que produce la flotación de la misma, permitiendo además su construcción especial, que el que se halla sentado en ella puede girar y moverse adonde mejor le parezca, sin que exista el menor peligro de sumergirse aun cuando quisiera. Pesa la silla tan solo unas 13 libras, y su manejo es muy sencillo y fácil.

*Botes de nueva construcción.* — El almirantazgo inglés ha procedido últimamente á ensayos con botes de nueva construcción. El inventor de ellos es un tal Berthon, y á deducir del éxito de las primeras pruebas, no debe quedar la menor duda que su uso producirá inmensas ventajas, tratándose del

desembarco de tropas y material en costas de escaso fondeadero, y en donde no se puede maniobrar con los grandes lanchas y otras embarcaciones análogas usadas hasta ahora al efecto. Los tales botes tienen una dimension de 16 á 18 piés; pueden ser tripulados con 200 hombres y 2 piezas de artillería, ascendiendo aun con este cargamento la inmersión de los mismos tan solo á unas 12 pulgadas. Luego que no hacen ya falta pueden ser plegados como un abanico; de manera que ocupan un lugar muy reducido á bordo de los buques de guerra, los cuales podrán conducir como dotacion media docena de estos botes. Su construccion es sumamente ingeniosa y sencilla. El esqueleto ó armazon se compone de viguetas longitudinales, unidas en sus extremos con un pasador de hierro. Luego que estas se abren se presentan en los intervalos ó huecos intermedios unos bolsones de una tela impermeable y extraordinariamente fuerte llenos de aire, lo que hace imposible se sumerja el bote. Parece que la solidez y resistencia nada deja que desear, y que es verdaderamente sorprendente y aun increíble como sobre tan ligerísima embarcacion puedan tenerse tantos hombres y material. Se dice que el inventor pertenece á la asociacion de los amigos de la paz.

**Ensayos para preparar gas de agua.** — Se han practicado en Paris los ensayos de un nuevo sistema para preparar gas de agua, el cual debe, segun se asegura, aventajar con mucho la intensidad de luz, la inflamabilidad y la baratura al que se extrae del carbon de piedra. La preparacion se verifica segregando el gas del agua por medio de las corrientes eléctricas. Las máquinas electro-magnéticas necesarias al efecto proceden de Inglaterra, y los imanes empleados en ellas componen un peso de 9000 libras. La sociedad francesa que se propone explotar este nuevo procedimiento, se dispone para acometer ensayos en grande escala, prometiendo que con el gas de agua resultará para el ayuntamiento de Paris y los particulares una ventaja de un 40 por ciento.

**Agricultura: desagüe de los terrenos.** — A grande perfeccion va llegando ya en muchos países de Europa la operacion del desagüe de los terrenos pantanosos, ora para ponerlos en estado de poder cultivar, ora para sanear la localidad. Leemos en un periódico agrícola de la Suiza, que trata sobre este particular, que un terreno desecado por medio de una serie de zanjas, canales, targeas ó acequias, se puede recoger el fruto á lo ménos 14 dias antes, que se hace del todo innecesario el abonar tales tierras, y que por último desaparecen las calenturas que desarrollan los pantanos. Ann cuando la operacion sea algo costosa, sucede que á veces ya el segundo año se cubren los desembolsos habidos por la abundancia de fruto que se recoge.

El gobierno inglés ha hecho de diez años á esta parte anticipos que ascienden á la respetable cantidad de 200 millones de francos, para llevar á cabo tan utilísimo procedimiento en diferentes provincias del Reino Unido.

**Nuevo modo de sacar pollos.** — En Ambéres acaba de aplicarse un sistema de hidro-incubacion para enguerrar los huevos de toda especie de aves. Consiste únicamente en la accion del agua caliente mantenida á una temperatura constante igual á la de la lluca. El experimento ha tenido un excelente resultado. En el dia fijado con anterioridad los polluelos han roto la cáscara del huevo y se han lanzado tan llenos de vida como si la incubacion no hubiera sido artificial. En dos dias han nacido treinta pollos, y las gentes se agolpaban á ver este curioso espectáculo. La única dificultad que hay despues de esto consiste en alimentarlos y darles el calor de la madre. Con el fin de obviar este inconveniente se ha ideado una máquina muy ingeniosa, llena de compartimientos, en los cuales hallan calor, abrigo, arena para restregarse y el alimento conveniente.

**Del consumo de huevos para la fabricacion de guantes de piel.** — Pocas personas saben, dice un periódico belga, que para la fabricacion de guantes de piel es preciso un consumo considerable de huevos. Cada uno se vende al precio de seis á siete céntimos, de modo que por el siguiente cálculo se puede inferir la enorme pérdida que sufre la cocina por causa de aquella industria.

En Paris se prepara 1,600,000 pieles de cabrito y cordero para la fabricacion de guantes....	1,600,000
Bruselas fabrica por.....	800,000
Grenoble id. id.....	800,000
Annonay id. id.....	3,200,000
<b>Lo que da únicamente para estos cuatro puntos un total de.....</b>	<b>6,400,000</b>

Para este número de pieles se emplea la doble cantidad de huevos, ó bien 12,800,000, y aparece que siendo su valor mínimo el de 6 céntimos por cada uno, asciende el importe del consumo anual á 630,000 francos, suma enorme que gravita sobre el consumo culinario.

Seria, pues, conveniente el reemplazar con cualquiera otra sustancia los huevos que se destinan á la citada industria, y los químicos son los que están en posicion de hacer este descubrimiento.

Si la química llegase á conseguir el modo económico de sustituir otra cosa al consumo de huevos, nos ofrecería seguramente un importante servicio: pero hay algunas observaciones que oponer á las proposiciones del diario belga. Primeramente hay que tomar en consideracion que para la industria de la preparacion ó adobo de las pieles para guantes, se recogen los huevos malos y rancios que no son convenientes para el consumo culinario, de donde se deduce que no perjudica á los destinados á la cocina.

La cifra de 12,000,000 de huevos aplicada á la fabricacion de guantes, aun cuando suba á aquella cantidad, debe, pues,

reducirse muchísimo en atencion á la clase de los que se buscan para ella. De todas maneras parece que el periódico belga ignora cual es el número prodigioso de huevos que circula en el comercio en Francia. Paris consume 130,000,000, y las provincias 3,400,000,000, y la exportacion asciende á 128,000,000, lo cual arroja un total de trescientos mil seiscientos cincuenta y ocho millones.

Solamente un dos por ciento de esta suma daría 73,160 huevos: si se reduce á la mitad seria 36,580 huevos, y aun si se rebaja hasta la cuarta parte quedaria aun la cantidad de 18,290 huevos, que todavía es mucho mas de lo que absorbe la fabricacion de guantes.

Así, lejos de quejarse del consumo industrial, es preciso reconocer que es sumamente ventajoso, porque se sirve de un producto que casi se perdería.

Al precio que los valúa el diario belga, que sin duda es exagerado en mas de un tercio, los huevos consumidos ó vendidos en Francia tendrian un valor total de 219,480 frs. Luego los 630,000 frs. de los huevos empleados en la guantería, estarían con el importe total en la relacion de 30 céntimos á 100 francos.

El consumo culinario nada tiene, pues, que temer de la concurrencia de la industria guantería: además, de que aumentándose el producto á medida de las necesidades del consumo, cuanto mayor sea la necesidad de los huevos, mas fácil será la venta, y será mayor el número de gallinas y el esmero que con ellas se tendrá. Pues esta es la marcha natural de las cosas cuando siguen su curso regular y libre.

Por último, los cálculos del diario belga, por exactos que sean, no deben inquietar á los consumidores de huevos, ni tampoco son de naturaleza tal, que deban ser objeto de las investigaciones de los químicos.

**Las cuatro cosas preciosas de la China.**

Mi maestro de lengua era un buen hombre, de una fisonomía abierta y distinguida, y que me enseñaba con mucha paciencia las palabras mas usuales de la lengua de *Meng tseu* y de *Con fu tsee*, *Schési* (asi se llamaba) era profesor en el colegio ruso y parece le sorprendia en extremo que no hab'ase yo con mas pureza el idioma ruso que el de los mongoles *Kalkas*; pero el retrato á la aguada que le hice, y algunos dibujos de fortificaciones que me divertí en trazar para algunos amigos suyos, oficiales de la bandera amarilla me habian grangeado las mejores disposiciones en su casa. Por eso se mostraba solícito en acompañarme cuando yo le manifestaba el deseo de ver alguna curiosidad en la poblacion.

Un dia me llevó pues al *Vai tchiung*, pueblo chinesco, donde se fabrican los *pao ssee*, las cuatro cosas preciosas que componen el material de un letrado, á saber el pincel, la escribanía, el bastoncillo de tinta y el papel. El *Vai tchiung* es la parte industrial de *Pekin* y el depósito de las mercancías mas curiosas de todas las partes del mundo, aunque todas ellas pasen por fabricadas en la China; pero allí es donde se hacen los pinceles, las escribanías, la tinta y el papel para los tártaros occidentales (los mongoles).

Las llaman las cuatro cosas preciosas porque se emplean para tratar las máximas de los kings ó filósofos, y porque empleándose bien se pueden obtener los empleos mas elevados de la virtuosa gerarquía de los poderes. Sobre todo no deben servir nunca para escribir novelas, pues segun dicen los escritores clásicos mas famosos, la novela es un veneno, un puñal ó una mentira. Cualquiera que sea el aposento en que se encuentre el soberano tiene siempre junto á sí cuatro objetos.

Entramos primeramente en el taller de un fabricante de pinceles, que nos enseñó las diferentes clases de los que fabricaba. Sus corrales estaban llenos de cañas de bambú, y habia una porcion de gente ocupada en cortarlas. Algunas mujeres confeccionaban el pincel con pelos de conejo ó de rabo de lobo, y luego los hombres le ajustaban en un tubo de bambú de quince á diez y ocho cent.

Al salir de casa de aquel industrial me mostraron una porcion de marmolistas ocupados en pulimentar unos trozos cuadrados de mármol, en cuyo centro abren un hoyito donde corre la tinta á medida que la deslien en el mármol.

Mas allá, cerca de la nistalecia se encuentra una fábrica de tinta; allí ví una porcion de obreros que hacian varias clases de tinta, desde la mas ordinaria hasta la de Corea y la de *Hoei-tcheu*, que son las mas afamadas.

En el patio donde se fabricaba la tinta comun se veia un apretado monton de juncos y ramas de pino; un horno con seis pequeñas chimeneas, en el cual queman juncos y ramas de pino, exhalaba por los agujeros un humo muy denso que se detenía sobre unas tablillas suspendidas al rededor y encima de las columnas de humo. Junto al horno habia un obrero ocupado en coger el olin que se formaba sobre las tablillas, y lo echaba en unas jarras donde arrojaban despues cola de piel de buey (*nieu kiao*). A esta mezcla añadian cierta cantidad de almizcle y de alcanfor. Cuando los obreros hacen con esta mezcla una pasta, las mujeres colocan la pasta en unos moldes sobre los cuales están grabados el nombre del fabricante y la calidad de la tinta; doy un dibujo de estas operaciones.

La tinta mas estimada se obtiene de otro modo. En un apartado del corral habia una porcion de cuartitos

donde tienen lámparas encendidas desde por la mañana hasta por la noche; cada cuartito se distinguía por el aceite que ardia en él. Encima de muchas mechas encendidas en vasos de aceite, hay unas tapas de hierro en forma de embudo, que reciben todo el humo; cuando ya están bien cargados, los barren suavemente con una pluma, y el olin cae en unas hojas de papel bien secas; lo que no cae con la pluma, es lo mas ordinario que se emplea para las tintas inferiores. — Aquel olin se machaca en unos morteros de mármol despues que le han añadido almizcle ó agua de olor que neutraliza el olor del aceite, y le ponen tambien un poco de cola hecha de cuerno de ciervo; cuando el trabajo le ha dado ya cierta consistencia, unas niñas con sus deditos delgados le colocan en los moldes segun la forma que quieren darle, y luego le ponen al sol; cuando las barritas están bien secas las adornan con dorados.

Me enseñaron á distinguir la calidad de la tinta; para esto se mojan las barritas con la boca, y se aplican sobre un pedazo de laca negro, cuando las pruebas han estado expuestas al sol; aquellas pruebas que se quedan muy negras son las de primera calidad, las que se vuelven azuladas son inferiores, y las encienitas denotan una tinta del precio mas bajo. En general la mejor tinta sale del mejor aceite; los chinos parece no conocen el aceite de oliva, que daría un negro muy fino.

Para su empleo el fabricante me explicó que para desleir la tinta no se debe gastar agua que no haya hervido, y que la barrita no debe exponerse al sol, que la parte y la deteriora. Cuando se rompe, no hay mas que hacer que mojar los dos extremos con agua, juntarlos y ponerlos á secar.

Habia príncipes de cinturones rojos y amarillos que no creian rebajarse de su dignidad fabricando las cuatro cosas preciosas y vendiéndolas, pues todo cuanto es relativo á las letras de cerca ó de lejos es muy honorífico en la China.

El descubrimiento de la composicion de la tinta y del papel en la China data del reinado de *Ven ti*; reinando ese príncipe se efectuó una gran revolucion al provecho de la inteligencia.

El pueblo chino degradado por el reinado de *Tsia chi Hoang ti*, que mandó quemar todos los libros con la idea de destruir los *king* (libros sagrados de hácia 3000 años que encerraban las garantías de la administracion patenal de la China), vió suceder en breve á una generacion envilecida otra generacion celosa de los goees del entendimiento.

Entonces se pudo ver el notable fenómeno de un centenario que habiendo sobrevivido á las tinieblas de una ignorancia brutal, se presentó un dia á recitar de memoria los cinco *king* en la córte del *Tai Fou* (*Padre grande, Padre supremo*, el único título legal de los soberanos de la China), á fin de comprobar si estaban bien las ediciones que publicaban. Tambien se vió otro letrado que acudió con el descubrimiento del papel, pues es un derecho y un deber de todo chino el dar á conocer una invencion al *Tai Fou*, á fin de ofrecer á su justicia la ocasion de que se ejerza con uno de sus hijos. Este letrado se llamaba *Tsai Luna*.

Antes de esta época empleaban una tablilla de madera llamada *kium*, ó de bambú, sobre la cual grababan las obligaciones, las escrituras y los recibos; luego la cortaban en dos pedazos, y cada uno de los interesados se llevaba una mitad.

Esta clase de escritos se llamaban *tse*, que quiere decir picar, grabar; *ki* era una tablilla que servia de pasaporte á los viajeros; los guardas de la frontera se quedaban con la mitad.

Despues de esa época, los chinos han fabricado papel con la corteza inferior del roble, de la morera, del olmo, del álamo, del tilo y de la higuera; tambien emplearon el algodón, *ku chu*, y los capullos del gusano de seda. En el dia cada provincia de la China tiene su papel particular; el del *Seehwan* se hace con trapos de cáñamo; el del *De Cheli* con la morera; el de *Kiang-Nau* con la película de los capullos de gusanos de seda; en el *Hu-Quang* con el *ku chu* (algodón), y en el *Fo-Kien* con el bambú.

Me faltaba que ver una fábrica de papel, mis compañeros habian traído unos caballitos muy ligeros con mantillas encarnadas para llevarme á la extremidad de uno de los arrabales donde se halla una poblacion entera entregada á la fabricacion del papel. Despues de una correría de una hora á lo largo de un riachuelo que alimenta las cascadas y los lagos del *jardin de los jardines*, entramos en una papelería donde se procede á la limpieza del papel viejo con el que hacen papel nuevo. En las casillas de esta aldea con sus paredes blanqueadas de cal, reunen montones enormes de papeles viejos de toda clase, cargados de tinta, de color ó de manchas. Despues de haber entresacado los papeles finos, los obreros llenan unos grandes cestos con lo restante y los llevan cerca del agua, sobre una cuesta empedrada donde los lavan, los amasan con las manos, y los pisotean hasta que se va toda la porquería. Despues de esta manipulacion, los papeles no presentan sino una masa informe; esta masa la mecen, y la baten de nuevo hasta que se pone blanda, y entonces, por medio de unos bastidores, levantan hojas que ponen unas sobre otras. Estos papeles son de pequeñas dimensiones, y en parte se destinan á recibir colores; los que pintan de rojo reemplazan el uso de nuestras tarjetas.

En otro sitio hacian papel de bambú, y me enseñaron el modo de distinguir las cañas tiernas de las viejas cuando se emplea el bambú para la fabricacion del pa-

pel; solo toman las cañas del año, pero eligen aquellas cuya corteza está formada ya. Reunen todas las cañas en un receptáculo de piedra ó de ladrillos; cubren el fondo con una capa de cal; sobre esta capa colocan otra de cañas, y así alternativamente hasta que se halla ocupado todo el receptáculo; entónces le llenan de agua, y dejan fermentar las cañas. Cuando juzgan que ya están bien macezadas, las sacan y las someten á la operacion de la molienda hasta que se quedan sin su corteza verde, que no sirve, y luego que la caña no ofrece mas que su sustancia blanca, continúan machacándola para reducirla á una materia blanda; entónces la toman y la extienden á cordel, como se ve en mi dibujo. Cuando los hilos están bien secos los arrojan en un receptáculo del mismo modo que colocaron las cañas, esto es con capas de cal en medio; luego llenan el receptáculo y dejan que la materia se ablande.

Despues la sacan de allí y la transportan á una azotea muy limpia donde la disponen por montones elevados, á fin de facilitar su fermentacion. Despues que esas materias han permanecido largo tiempo en montones las echan en grandes calderas á la lumbre, y allí cuecen un dia entero regadas de cuando en cuando

con agua del rio; luego las sacan de nuevo separando una parte gelatinosa que parece miel y que sirve para echar al ganado; despues que han sido lavadas pasan á otra caldera, donde arrojan una especie de lejía hecha con cenizas de paja de arroz, y en seguida las lavan de nuevo y las colocan en un hoyo donde las riegan por todas sus capas. Entónces los materiales principian á volverse una pasta que se liquida al fin con la

el papel á ménos precio. Con este fin se habia probado el musgo, la leña podrida, la paja, etc.; *Sche Si* encontró esta idea muy ingeniosa, tradujo lo que yo acababa de decir á sus compañeros, y todos unánimemente convinieron en que eramos los chinos de Occidente.

(Del viaje inédito de Francia á la China por la Rusia y la Siberia de M. M. DE TUNDEVILLE.)

molienda. El mazo que emplean los chinos es de madera armado con un hierro; el obrero le mueve por medio de una palanca; en nuestro dibujo se ve el molino y el mazo.

Las cubas son proporcionadas al tamaño del papel que requiere hacer; la del papel que sirve para imprimir los periódicos es la mas pequeña. El papel *pe lu tehi* tiene de 5 á 6 metros de largo sobre 3 á 4 de ancho. Los chinos son muy diestros para pegar en una pared esas inmensas sábanas de papel.

Al volver de nuestra excursion, *Sche Si* me preguntó cómo se hacia el papel en Francia. Yo le respondí que en los *Anales de la industria* yo leia que gastamos mas de 40,000,000 de libras de trapos viejos de hilo y algodón, pero que algunos industriales habian intentado fabricarlos con otras materias para poder vender



Fabricacion de la tinta en la China.



Fabricacion del papel en la China.